Literatura Y Justicia

del XIX al XX: 10 relatos ecuatorianos

Prólogo de Irving Zapater

Prohibida su venta

CONSEJO DE LA JUDICATURA

COLECCIÓN

Literatura Y Justicia

Del XIX al XX:
10 relatos ecuatorianos

Prólogo de
Irving Zapater

COLECCIÓN
Literatura y Justicia

COLECCIÓN
Literatura y Justicia

Presidente
del Consejo de la Judicatura
Gustavo Jalkh Röben

Vocales
Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez
Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Director de la Escuela de la Función Judicial
Tomás Alvear

Consejo Editorial
Juan Chávez Pareja
Néstor Arbito Chica
Efraín Villacís

Director de la Colección
Efraín Villacís

© Del siglo XIX al XX: 10 relatos ecuatorianos, varios autores
(Selección de Gustavo Salazar)

Diseño y Diagramación: Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra **Revisión Bibliográfica:** Gustavo Salazar **Revisión y Corrección de Textos:** Alejo Romano / Susana Salvador / Estefanía Parra **Apoyo Administrativo Editorial:** Carolina Andrade / Johanna Zambrano **Mensajería:** Geovanny López **Apoyo Técnico Gaceta Judicial:** Santiago Aráuz

ISBN 978-9942-8531-9
Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura
Reina Victoria N23-101 y Wilson
www.funcionjudicial.gob.ec

Editogran S.A.
Distribución Diario El Telégrafo

PUBLICACIÓN GRATUITA
Quito - Ecuador, 2015

Contenido

Prólogo de Irving Zapater 9

Federico Proaño
La muerte de Milord 25

Juan León Mera
Historieta 33

Remigio Crespo Toral
¿Quién paga? 53

José Modesto Espinosa
Memorias del niño Santiago Birbiquí 69

Quintiliano Sánchez
La gallina Cenizosa 93

Luis A. Martínez
Recuerdos del convento 107

Carlos Manuel Tobar y Borgoño
La Maruca 127

José Gabriel Pino Roca
Ladrón que roba a ladrón... 137

Juan Montalvo
El otro Monasticón 145

José Antonio Campos
La pluma blanca 163

Prólogo

Pioneros de la narrativa ecuatoriana

Los diez relatos que se incluyen en el presente volumen se encuentran articulados por varios ejes transversales. El primero de ellos, el de ser pioneros, es decir, constituir un conjunto de obras del género narrativo que van a abrir paso a trabajos posteriores. Pero habría que aclarar que lo de calificar como pioneros a estos autores y a estos relatos solo se explica si partimos de la idea que ellos representan a una literatura trabajada en las primeras décadas de nuestra vida republicana. De allí lo de «ecuatorianos» que también consta en el título de este libro. Aunque la idea hay que manejarla con cuidado, porque nuestra independencia no marcó otra frontera que la del simple aspecto formal de una autonomía política, sin nada trascendente en otros ámbitos

de la realidad social y cultural de nuestro naciente Estado. La sociedad seguía siendo básicamente la misma y las creencias, valores y referencias que alimentaban la visión del mundo por parte de sus habitantes continuaban muy similares a las de la época del antiguo régimen colonial. Transcurrirá un buen tiempo para que, en terrenos como los de la literatura, vayan produciéndose cambios significativos. Y esto es lo que aconteció precisamente con el relato.

Un segundo eje es el del costumbrismo que aparece en casi todos estos relatos, en unos en forma pura y en otros imbricados con el romanticismo y hasta con el naturalismo, pero todos ellos con la ingenuidad propia del género y con un dejo de enseñanza moral, dicho con un lenguaje de fácil comprensión por parte del lector medio al cual iba dirigido el mensaje. Unas veces, como en el caso de José Modesto Espinosa (1833-1915) con un relato en apariencia inverosímil si se sigue el texto seleccionado para estas páginas, pues el periplo vital de Santiago Birbiquí es uno donde en más de una ocasión flota el sarcasmo y la ironía; otras, claramente jocosas como el inesperado final del angustioso

volar de la pluma blanca que a la postre se deposita en la cabeza del cura rezongón, tal como lo pinta con no disimulado humor José Antonio Campos (1868-1939).

Pero también resulta interesante constatar un tercer eje transversal, cual el tono irreverente hacia la religión y sus ministros que se filtra en casi todos los textos seleccionados. Esta propensión puede aparecer casi natural si recordamos el anticlericalismo de Juan Montalvo (1832-1889), por lo que no extraña el relato en el cual presenta las obsesiones carnales del clérigo Escudero como telón de fondo de la trama, pero no en el conjunto de los relatos seleccionados, en el cual acaso se salva el padre Rodrigo aludido por Carlos M. Tobar y Borgoño (1883-1923) cuando nos cuenta las incidencias de esa pobre «mujer de la vida» llamada Maruca, atenazada por la murmuración de sus congéneres pero en la cual la verdadera caridad cristiana se muestra en el momento decisivo de su vida. ¿Es este tono irreverente solo resultado de la selección hecha para este libro o es una característica de los primerizos relatos de nuestra vida independiente donde la

relajación de las costumbres de una parte del clero era un secreto a baja voz?

Y no se debe olvidar –acaso explique lo sugerido anteriormente– que los escritores escogidos representan a una o dos generaciones en el espectro del bien trazado estudio de Juan Valdano Morejón (*Ecuador: cultura y generaciones*, Quito, 1985). Son las generaciones de 1854 y 1884 influidas, según criterio de este autor, ya por la difusión del liberalismo y su enfrentamiento con los sectores tradicionales, ya por el triunfo de la ideología liberal.

Y es posible que este dato, en apariencia resultado de la metodología orteguiana, proporcione la clave para entender estos textos, en los cuales no solo se observa un nada edificante comportamiento de clérigos y beatas, sino que se denuncian ciertos males sociales como la pobreza y la avaricia, las prácticas abogadiles y los abusos del poder, porque «el que tiene manda»[*], como anota uno de los personajes del cuento escrito por Remigio Crespo Toral (1860-1939) y aquí reproducido.

[*] Página 66 de esta edición.

Textos que, de otro lado, pintan la vida cotidiana en el siglo XIX, más apegada a creencias que rayan en la idolatría o en la superstición, en el temor al castigo eterno pero en el convencimiento de que el perdón socorrido en la última hora salvará las almas. En la presencia del infierno y de Satanás como personificación del castigo, pero, a la vez, en el irresistible poder de las tentaciones de la carne; en la desmedida ambición por la riqueza; en el empleo de la palabra para murmurar del prójimo y para calumniarlo; en la discriminación al indígena y en los pujos de clase. Una sociedad provinciana –¿no somos todavía así?– en la cual se reflejan comportamientos de mirada estrecha, dúctiles a la primera influencia externa, propensos a la cursilería, carentes de autoestima y débiles para reivindicar sus propios valores.

Podríamos aventurarnos todavía en una breve interrogación. ¿Son todos estos textos *cuentos* en el estricto sentido de la palabra? ¿O algunos de ellos son artículos, simples narraciones sin la estructura propia de un cuento? ¿Es este el rasgo característico de nuestros escritores que configuran ese papel de precursores, con todo lo

de meritorio que ello tiene pero también de lo primitivo que supone?

El lector, al descorrer las páginas de este libro, va a encontrarse con argumentos propios de la vida cotidiana de la época, tratados en forma sencilla, simple inclusive. Si bien no hay un adentramiento psicológico en la conducta de los personajes, se ofrecen, en cambio, vívidas y sugerentes actitudes ante la vida, comunes en una sociedad que apenas estaba consciente de su continuada sujeción a moldes de comportamiento y a estereotipos característicos de la vida colonial, ajados con el tiempo, y de los cuales pretendía haberse liberado con voces como *libertad* o *democracia* que ni siquiera entendía realmente.

En *El otro Monasticón* de Juan Montalvo, por ejemplo, constan personajes tales como la bolsicona, objeto de deseo por la belleza de su cuerpo, o el cura, poseso de un desenfreno de los sentidos –«satánico apetito»[*] impropio de quien se había consagrado a servir a Dios–, en un escenario en el cual los mestizos, provistos «de buen entendimiento, valor y audacia»[**]

[*] Página 159.

[**] Página 145.

aprovechan de «la estolidez de los sedicientes nobles, escasos de fuerza moral e intelectual por falta de cruzamiento»[*] para buscar el ascenso social y urdir falsas genealogías que les coloquen a la par de sus aspiraciones. En final de cuentas, eso es lo que ocurre en el drama de la vida de Teresa de Jesús Alvinca, la pobre muchacha empujada por su madre para encontrar marido en alguien que sea «blanco de rostro, rubio de bigotes»[**] y cabellera parecida a «hebras de oro, según era fina y lisa»[***]. Valores sin duda contrapuestos a la realidad de la mayoría de nuestros habitantes, cholos, de rostro terroso, ojos pequeños, pelo negro, ondulado y motoso.

Otro caso similar es el carácter de la fe religiosa que asiste, más en las formas que en una verdadera praxis, a los comportamientos cotidianos de las gentes de la época. Si no, véase lo que ocurre con la maledicencia de la tía Juana, personaje de *La Maruca* de Tobar y Borgoño, falta de caridad cristiana y presta a sembrar sospechas y crear malos entendimientos en la comunidad en la cual habita. O, en cambio,

[*] Página 145.

[**] Página 153.

[***] Ibíd.

lo que le sucede al cura retratado en *La pluma blanca* de José Antonio Campos, solícito en crear temor en su auditorio con el castigo del fuego eterno, pero pronto a desvirtuar su argumento cuando es a él a quien desde lo alto la propia pluma lo señala como «un condenado a las penas eternas»[*], «el bribón a quien el cielo quiere mostrarnos como el prototipo de la inequidad»[**] y presto a convertir su discurso, por mero interés propio, en cosa tan diferente como para permitirle exclamar que lo sucedido no había sido sino «un mensaje del Espíritu Santo, dirigido a este humilde siervo del Señor, para que siga exhortándoos, con el ejemplo y la palabra»[***]. Pobre inocencia de nuestras gentes. O, en fin, lo que le pasa al corista aún sin profesar que, en búsqueda de un momentáneo contacto carnal, es vapuleado por un toro negro y encharcado de la forma más ridícula. Preaviso de los castigos eternos debidos a la violación de sus primeros votos.

El aprovechamiento de las necesidades del prójimo a través de la práctica de la usura es,

[*] Página 168.

[**] Página 171.

[***] Páginas 171-172.

de otro lado y según se ve, común en la época. Acaso esto se podría explicar por el escaso o ningún desarrollo de la economía bancaria en la época, que colocaba a los chulqueros en un plano de preeminencia en la intermediación financiera o quizás, como consecuencia de esto mismo, a la desconfianza del público en la actividad de los primeros bancos establecidos en el país, que no cubrían sino al mercado de las principales ciudades y dejaban al descubierto a estas prácticas deshonestas en la mayor parte del territorio de la república, sobre todo en ciudades pequeñas y en el campo. Socarronamente, Remigio Crespo Toral, en el relato *¿Quién paga?*, califica a esta práctica de la usura como «honrado oficio[...], hermano mayor del otro que Cervantes declaró necesario a la buena policía de las repúblicas, sabroso oficio aquel que nuestro pueblo designa con el nombre de *chulco*»[*]. Y Gabriel Pino Roca (1875-1931) lo tilda con similar ironía de «limpio y honrado»[**]. Es de notar que para Crespo Toral, como también antes para Mera y para

[*] Página 53.

[**] Página 138.

el común de los mortales en aquellos tiempos, la práctica de la usura era propia de judíos «aquella raza superior que sabe y que no practica la máxima bíblica *Mutuum date nihil indesperantes*, es decir, prestar sin interés»[*]. Vieja reminiscencia, entonces, del clásico drama shakesperiano.

En resumen, bien se podrían calificar a todos estos relatos como «artículos de costumbres», tal el título dado a las bien trazadas descripciones del comportamiento cotidiano de nuestro pueblo escritas por José Modesto Espinosa y aparecidas primero en varias publicaciones periódicas, entre ellas la celebérrima *Revista Ecuatoriana* de Pallares Peñafiel y, luego, recogidas en el primer volumen de las obras completas de este autor (B. Herder, Brisgovia, 1899, p.240).

Tal el mérito indiscutible del contenido de estas páginas, en las cuales el lector prevenido puede saborear y deleitarse con la cotidianidad de un tiempo histórico sepultado con los años y arrollado en el presente por la muy diferente mirada al mundo que tienen nuestras nuevas generaciones, mucho más mundanas en fondo y forma, pero mucho más «transparentes» –perdóneseme este

[*] Página 53.

término de moda– sobre su conducta personal ante propios y extraños.

No encontrará el lector, entonces, sino un reflejo de la aparente simpleza de la vida de todos los días; si transparentan enseñanzas estos escritos, lo hacen en la forma más propia de la vida de entonces, medio pueblerina, inocentona, pero envidiable a ratos, si la comparamos con la cotidianidad que en el presente nos envuelve. Y hay momentos en los cuales el tono burlón que caracteriza el desarrollo de la trama, en ocasiones hasta sacrílego, no es sino para mostrar el lado más generoso de esa cotidianidad, en la cual el carácter de las gentes se impone al final, con toda la heterogeneidad y diferenciación social propias de entonces.

Y unas palabras en lo que es parte esencial de esta colección.

De una u otra manera, los textos aquí reproducidos tienen también otro hilo conductor: mostrarnos la actitud de la gente de la época ante la justicia y la ley, dos conceptos que, al menos en la teoría, tienen una lógica vinculación. «La ley permite la práctica a la justicia», nos decían en las aulas universitarias.

En el mejor ejemplo traído a cuento en este libro, la *Historieta* de Juan León Mera (1832-1894), una estructura social arraigada en la estratificación más impermeable altera el concepto de justicia, no solo en el aspecto teórico de lo que esta significa, sino en el de justicia social como ahora lo entendemos. Aquella frase lacerante –«la dicha económica es demasiado grande para un indio»– no viene a ser otra cosa que reflejo de una estructura social de claras raigambres coloniales y permisiva para toda tipo de abusos contra el indígena indefenso. Y en este mismo texto de Mera se filtra la connivencia de la administración de la justicia con esos intereses. Si a ello se suman las redes del «demandero»[*], del tinterillo de ocasión y del otro leguleyo, así como la desgracia de habérsele impuesto un priostazgo, la codicia del «judío del prestamista»[**] y la no menor del cura de la parroquia, todo se vuelve contra este pobre Pedro –así se llamaba el indio de esta historia– que «fue honrado, laborioso, inteligente para el trabajo, y poseía otras prendas que le habían hecho persona distinguida entre los suyos»[***].

---

[*] Página 42.

[**] Página 47.

[***] Página 50.

Toda una estructura política, jurídica, social y religiosa, en completa connivencia de intereses.

Pero hay más. Para Mera, que tuvo destacado papel en la política y en el foro, el comportamiento abogadil materia de esta historieta, no le resulta extraño si se mira la realidad de nuestro país en el siglo XIX. Ya lo había sentenciado en sus *Observaciones sobre la situación actual del Ecuador* (1887)[*]: «Hay algunos que tienen tal o cual empaque de abogados de pro y su cierto aromillo de probidad; pero sondéeseles un poco la conciencia y se encontrará poso repugnante. Pues ¿qué es la facilidad en vez de emprender la causas manifiestamente injustas y a veces hasta inmorales y vergonzosas? ¿Qué es eso de enredarlas para hacerlas eternas, ya que no es posible el triunfo? ¿Qué es eso de emplear el ardid en vez de la lógica de las pruebas y dar a la ley el sentido que no tiene? ¿Qué es eso de fijar honorarios exorbitantes, que no guardan relación con el valor de la cosa disputada?».

Si en nombre de la justicia, la justicia formal se entiende, las cosas se vuelven en contra del

[*]Citado por Juan Larrea Holguín en *La justicia en el pensamiento de Juan León Mera*, Discurso de incorporación a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Universidad, Separata del número 4, 1968, p. 20.

indefenso, ¿qué valor puede tener la ley en aquellas situaciones? En nombre de la ley, dice el propio Mera, le han arrebatado al indio del cuento todos sus bienes, y no solamente ello sino la vida y la honra. Y va más allá, cuando cuestiona el real papel del legislador, que piensa de una manera en el parlamento y obra de distinta manera fuera de él: «¡Peregrinos legisladores que abofetean la ley, hechura suya, cuando quiere colárselas en su casa!»[*].

Y otros ejemplos que se filtran por las páginas de estos relatos nos demuestran tal discrepancia, en la que entra en juego la realidad, de una parte, y la simple formalidad del texto legal, de otra; el interés prevaleciente de unos sobre otros; el juego del poder aún en el ámbito religioso, que se aparta en todo del mensaje evangélico, al que con devoción de peregrino recurren los más humildes; el entrampamiento del proceso como para dilatar el imperio de lo justo.

Quedaban marginadas aquellas pretensiones de modernización que en las primeras décadas de nuestra república parecieron constituir respuesta

[*] Página 51.

a la prevalencia de un estado monárquico en la administración de justicia, entre las que destacaban una legislación dirigida a descartar la arbitrariedad o el subjetivismo y la preeminencia de normas procesales que evitaran la discriminación en el sustento de las pretensiones de las partes litigantes. Vana ilusión entonces.

Ante ello, podrían darse diversas interpretaciones de carácter político y social, cada una de ellas adecuadas a aquel tiempo histórico tan confuso como a veces lo fue. En párrafos anteriores ya se sugiere una que explica la prevalencia en nuestro siglo XIX de estructuras de corte feudal, nada más que prolongaciones de un régimen supuestamente abatido con la declaración de nuestra independencia. Pero puede haber más. Acaso haya ocurrido que la ley no estuvo adecuada a la realidad y que se volvió impracticable porque trató de normar la conducta ciudadana por fuera de su comportamiento cultural, arraigado en la costumbre. Acaso moldes extraídos por nuestros juristas de gruesos volúmenes de doctrina no fueron estudiados a la luz de nuestra realidad antes de convertirlos en ley. Graves cuestiones que debe suscitar reflexiones más profundas y

en el largo plazo y que asimismo van flotando a medida que se leen, entre líneas, los textos de esta atinada selección.

Irving Iván Zapater

La muerte de Milord

Federico Proaño

A mi amigo Esteban Castro

Un escritor ha dicho que la última desgracia del que se muere es la necrología: si así es, yo voy ahora a completar la obra de los victimarios de Milord; y a añadir una postrera desgracia a la que ayer tuvo el *personaje* cuyo nombre encabeza estas líneas, que, por no imitar a Jeremías, no las he bautizado con el nombre de *Trenos*.

Quién fue Milord, diría alguno a quien no le llegó la fama y las acabaladas prendas del difunto: pues Milord fue nada más ni menos

que una clarísima inteligencia puesta por la naturaleza en la modesta organización de… un perro.

Al lamentar la desastrosa muerte que acaban de darle con estricnina los agentes de Policía, que nunca han hecho cosa buena que yo sepa, no me parece que doy pruebas de una sensibilidad mal educada, ni me expongo a los decires maliciosos de la gente que vale menos que el ser que ha perdido para siempre el amigo a quien van rectamente dirigidas estas torcidas y mal pergeñadas líneas.

Homero, el representante de la Musa griega, escribió la *Batrocomiomaquia*, o sea la guerra de las ranas y los ratones, haciendo cumplido elogio de muchos de estos roedores; Lucano cantó al asno; Lope de Vega inmortalizó a los gatos y Casti se ocupó de muchos animales; nada tiene, por lo mismo, que yo hable de Milord, que en vida fue más notable que las ranas y los ratones de Homero, los gatos de Lope de Vega, los animales de Casti y muchos de los racionales que han merecido pomposas

necrologías, una vez que liaron el petate y se largaron para el otro barrio.

Grandes fueron los merecimientos del llorado animalito, y grande debe ser también el remordimiento de los agentes de Policía, que cometieron un perricidio que clama al cielo, sin parar mientes en lo que hacían con el prójimo ni distinguir lo que va de perro a perro.

Milord, como lo indica su nombre, descendía de una noble familia de Inglaterra; y aunque fue de color negro subido, fue más blanco por su proceder e hidalguía que muchísimos hombres blancos que son negros hasta en sus entrañas…

Los académicos, autores del *Diccionario de la lengua castellana*, que no se paran ni en los pelillos de la raza canina, para decir verdades, afirman, al hablar del perro, que «es un cuadrúpedo carnívoro que tiene cinco dedos en los pies delanteros y cuatro en los de atrás, lengua suave, cola encorvada, ligereza, fuerza y olfato grande, y que es muy capaz de educación y muy leal al hombre».

Así fue realmente Milord.

Los que lo conocimos nunca le vimos andar en dos pies; a lo que se resolvió quizá por modestia, tal vez por una amarga ironía contra ciertos bípedos muy conocidos por él.

Fue carnívoro, pero con cuenta y razón. De los enemigos del alma, el mundo y el demonio le importaban un ardite, solo la carne le inquietaba hasta el extremo de que no perdonó ni la que le dieron los celadores de Policía; y he dicho que fue carnívoro, con cuenta y razón; porque en las témporas y la cuaresma ni la probaba, a no ser con la respectiva bula que expende la Curia eclesiástica, razón por la cual no dudo que su alma se halla en el cielo de los perros.

Que tuvo solo dieciocho dedos, también es una verdad; pero esto quiere decir que tuvo dos uñas menos, razón por la cual no se dedicó a ser escribano, prestamista ni hotelero.

En cuanto a su lengua, fue suave, como dice la Academia Española, y no se le oyó en toda su perra vida una sola palabra áspera, ni

siquiera contra la Policía en los momentos de expirar.

En la cola, exceptuose de la regla dada por el *Diccionario*: desde que no fue encorvada; y no lo fue por la sencilla razón de que no la tuvo, y aunque esta circunstancia le impidió que fuera todo una Bajá de San Salvador, en cambio le proporcionó la gloria de no haber salido nunca con el rabo entre las piernas.

Por lo que hace a ligereza, fuerza y olfato grande, se perdía de vista Milord; sin embargo hay que decir, para su elogio, que nunca fue tan ligero como algunos políticos ramplones; ni abusó de la fuerza, como ciertos gobernantes; ni empleó su buen olfato para construirse en espía de nadie, como varios sujetos degradados.

Que fue educado y leal, no hay para qué decir. Los hechos que conservan las páginas de la historia perruna lo dicen elocuentemente y a voz en cuello.

¡Ni cómo había de ser sino educado, cuando era el perrito de todas bodas y visitaba a los

amigos de su casa y concurría a las tertulias, veladas literarias, conciertos, y hasta a las aulas de la Universidad, donde su señor y dueño daba lecciones de Gramática! Allí no solo se educó sino que se ilustró muchísimo, de ahí es que para él era una bicoca, verbigracia, conjugar en la clase el verbo *dormir* en todos sus modos y tiempos, como lo hacían los alumnos más adelantados.

Su lealtad no pudo ser mayor: fiel y agradecido a los beneficios. Si Milord hubiera abrazado la carrera de la política, jamás hubiera medrado, y al sucumbir con su partido, estoy seguro de que se hubiera quedado solo, como el perro de los buques normandos, ladrando a la tempestad. A él sí que no podía comprársele con una diputación o cualquier otro empleo: a una propuesta semejante habría contestado: «¡A otro perro con ese hueso!», dando así testimonio de que no es cierto el adagio que dice: «Por la plata baila el perro».

Serio, circunspecto y lleno de gravedad, ¡al fin descendiente de ingleses!, se le veía

siempre mirando por sobre el lomo a los perros más encopetados, aunque fuera un terrible bulldog, a quien le podía alzar la pata y… despreciarlo, lo mismo que a cualquier perrillo faldero.

No hay duda, Milord era de la casta de aquellos perros del tiempo en que se les amarraba con longanizas, vista su honradez acrisolada, pues nunca tuvo ni siquiera la tentación de dar cuenta del queso y la carne de las cocineras, a pesar del mal ejemplo que estas suelen dar a perros y gatos, infringiendo el séptimo mandamiento de la ley de Dios.

Tal es el sujeto que acaba de ser envenenado *inhumanamente* por la Policía. Muerto el perro se acaba la rabia… de los celadores; pero debe comenzar la acción de los tribunales de justicia para castigar el delito.

El célebre perro chileno Cuatro Remos[1] fue enterrado por la corporación de los bomberos

[1] Perro inmortalizado en la literatura infantil chilena. Murió en 1872 y recibió este nombre por rescatar a un niño de ahogarse . (Esta y todas las notas al pie corresponden a la presente edición, salvo indicación contraria)

de Valparaíso, que le han erigido una columna de mármol, y posteriormente consagrado a su memoria un libro de muchas páginas.

Milord debe también ser inmortalizado con una estatua, que, por vía de desagravio, sea erigida por el cuerpo de celadores, debiendo ponerse en la base del monumento esta sencilla inscripción:

A MILORD.
VÍCTIMA DE LA IGUALDAD ANTE LA LEY.

LOS CELADORES ARREPENTIDOS

Descanse en paz el notable can, y reciba el amigo señor Castro mi pésame sentido.

Federico Proaño (1848-1894). Nació en Cuenca. Fue periodista de profesión. Fundó un sinnúmero de periódicos en diferentes países, entre ellos: *The Times* (Ecuador, 1877), *El Peruano* (Perú, 1875), *Diario del Comercio* (El Salvador, 1883), *La Escoba* (Costa Rica, 1885) y *El Diario de Occidente* (Guatemala, 1892). Fue poseedor de una magnífica retórica, llena de lógica y sentido del humor, del cual es una clara muestra el relato que recogemos aquí.

«La muerte de Milord» fue tomado de *Artículos literarios*. Guayaquil. Empresa Editorial *Revista Guayaquil,* 1894. pp. 155-159. (Biblioteca Ecuatoriana, n°. 1).

Historieta

Juan León Mera

En nuestra fértil comarca se da el pomposo nombre de *hacienda* a cualquier heredad de dos o tres fanegadas, con su troje cubierta de paja, el corral, la era, un par de yuntas de bueyes y dos borricos trilladores; y allá por agosto y septiembre, cuando, secas ya las matas de maíz, comienza a inclinarse al suelo el maduro fruto, y el trigo amarillea, y silban las espigas sacudidas por el viento de oriente, se van al campo, tanto las familias ricas como las que, poseyendo solamente

un pedacillo de tierra mal cultivada, hacen la cosecha en un santiamén. Luego vuelven todos a la ciudad, con algún recuerdo, con algún dejo a lo menos en el fondo del corazón de esos días fugitivos pasados junto a la choza del indio, y participando en cierta manera de la inocente sencillez que le caracteriza.

Un amigo mío posee una hacenduela de tan reducida extensión que el canto del gallo del mayordomo se oye en todos los extremos, y a veces hasta fastidia a los vecinos. Pero es de oírse el tono del propietario cuando dice por septiembre: «Voy a cosechar en mi *hacienda*»: ni el Zar habla de sus Rusias con más orgullo. Se va, en efecto: cosecha el maíz en un día, véndelo en otro, y al tercero está el producto íntegro comido y digerido. Esto, en verdad, es muy poco; más hame asegurado que, en cambio, son muchos y muy grandes los gozos que le proporcionan esos breves días de existencia agreste, pasados entre la cabaña y la cementera, en correspondencia inmediata con la gente de labor, visitando rediles, aunque sean ajenos,

y lidiando con los perros que, en extremo celosos de la propiedad del amo, le siguen largo trecho levantando polvo y haciendo más bulla que un liberal de nuestros días.

Bien creo en esos gozos y delicias íntimas que ensanchan el corazón oprimido por la pesada atmósfera de las ciudades, y dan al espíritu ideas nuevas y afectos suaves. Digan cuanto quieran los enemigos del idilio y los que hacen gestos y tienen bascas[2] cuando oyen hablar de alquería, de campos labrados, dehesa, redil y pastores, lo cierto es que todo esto tiene mucho de poético y agradable. Pero ¡qué!, si hasta esos hombrazos que las dan de filósofos y buscan en todo la verdad de la verdad y el porqué del porqué, y miran de reojo y con desdeñosa sonrisa a quien no participa de sus ideas, por estrafalarias que sean, pudieran muy bien encontrar en nuestros campos y campesinos, sus costumbres y suerte, motivos para estarse más de una semana gachos y cogitabundos, volviendo y revolviendo en su

[2] Sensación que se experimenta cuando se quiere vomitar.

revuelto magín muchas verdades que se ven y no se alcanzan, y muchos porqués de difícil solución. ¡Oh, filósofos! ¡Cuántas veces el olor de la verdad os lleva a regiones ignotas, sin reparar que el objeto que lo exhala está muy cerca de vuestras narices...!

Mas yo parezco discípulo de cierta escuela literaria moderna, según cómo voy divagando. Vuelvo pues a mi amigo. Este compinche, valga la verdad, no es moralista ni filósofo; pero a veces le da la tecla por referir cuentos y anécdotas, y no carecen de naturalidad y gracejo sus relatos. No ha muchos días me hizo el siguiente:

«El año de 185… fui, como de costumbre, a cosechar en mi *hacienda*. Un día amaneció la *naturaleza* de mal humor, ni más ni menos que cierto enamorado que yo sé, cuando pasa alguna larga noche de invierno al pie de la ventana de la ingrata, y sin haber visto a la tal, ni oído siquiera su tosecita, se vuelve a casa cabizbajo, con los ojos lagrimosos y colorados, boquiabierto y gestudo. La banda oriental de los Andes había desaparecido bajo una inmensa capa de

pardas nieblas; los objetos más cercanos aparecían confusos y fantásticos como las imágenes de un sueño; y el cielo, color de lomo de torcaza, vertía una constante llovizna que, sacudida por el viento de levante, mojaba la cara de amos y jornaleros. A fe que la poesía campestre esos momentos perdió para mí un noventa y nueve por ciento de sus hechizos, y di a Judas (ahora me pesa) con la égloga y el idilio; pues nada inspirador era el frío que me inspiraba hasta la médula de los huesos, quebrantando, a guisa de señor feudal, todos los fueros que me daban el poncho de bayeta, el sombrero de fieltro, la capilla de franela, el calzón de cuero de perro y el humo del cigarro que, tibio y suave, cubría la única parte descubierta de mi aterido ser, que era de las cejas a la perilla. Convirtiose al fin el calabobos en muy formal aguacero, y hubimos todos de buscar abrigo en la casucha más inmediata, propiedad de un indio acomodado.

»Miento que no era casucha; pues no merece tal calificativo la que, levantada sobre tres hileras de adobones, con gruesos pilares, alar de

teja y puerta de tabla, se distinguía y señoreaba entre las demás chozas. El dueño, que era un indio sexagenario, pero con pocas arrugas y canas, dentadura cabal y blanquísima, y completa salud, tratome con amabilidad y respeto. Juzgó más acertado recibir la inesperada visita en el corredor, brindome un asiento de sacos de maíz cubierto con piel de cabra, tendió a mis pies una estera nueva y quedó satisfecho de su propia urbanidad. Luego conversó un rato conmigo sobre la escasez del año presente, la mala mañana, los proyectos de siembra, los temores de las *heladas de carnestolendas* y la codicia del diezmero, siete veces peor que las heladas, y se fue a formar corro con mis peones, que, al amor de una buena lumbre, comían maíz tostado, sal y ají, y charlaban con singular desenfado.

»Yo dormitaba entretanto cual si estuviese repantigado en una mullida poltrona, y dejaba pasar por mi mente mil pensamientos inconexos, perezosos como mi ánimo y confusos cual el paisaje que me rodeaba, envuelto en

niebla y lluvia como una inmensa red de innumerables y finísimos hilos.

»El ladrido agudo y penetrante de un perro de orejas paradas y bullicioso como un colegial vino a sacarme de tal sopor: alcé la cabeza y vi un indio anciano, una muchachita y un borrico empapados de pies a cabeza. Los primeros, que en la descarnada y pálida faz y en el traje remendado y corcusido demostraban grande escasez y miseria, se habían acurrucado bajo unos matorrales, por cuyas hojas caían gotas más gordas que las del cielo; y el pobre jumento, con una enorme carga de sacos de cebada a cuestas, sufría con su proverbial paciencia toda la furia del aguacero, con el hocico a dos dedos del suelo, las orejas tendidas hacia la cerviz y meditabundo y triste como un jugador perdido.

»Apenas los vieron los otros indios invitaron al viejo y la moza a guarecerse bajo el techo hospitalario. Aquel se mezcló entre los hombres, y su hija se sentó algo distante y de manera que no pudiese perder de vista el borrico.

Mientras pasaban de mano en mano la sal y el pimiento, que es entre nuestros indios como *la pipa de la amistad* descrita por el autor de *Atala*[3], comenzaron todos a recordar tristemente no sé qué historia del nuevo huésped, quien de rico y dichoso que era había venido a parar en la miseria y abatimiento en que se le veía. Como no falta quien atribuya las desgracias de la raza indígena solamente a los vicios de que está dominada desde que no es libre, quise atender a aquella historia por ver si descubría el verdadero origen de tanto mal, a lo menos en la vida de aquel viejo. Yo he creído siempre que la culpa está de parte de los mismos hombres destinados por la religión, por la ley, por la sociedad toda, a ser apoyo y alivio de los infelices, y de parte de la misma sociedad que mira con indiferencia el descarrío y degeneración de las instituciones más sabias y las costumbres más piadosas.

»El indio narró los acontecimientos de su vida ligera y sencillamente, y yo voy a trasladarlos a

[3] Se refiere a la novela corta de François-René vizconde de Chateaubriand, publicada en 1801. La influencia de esta obra francesa fue fundamental para la elaboración de *Cumandá* (1879), de Juan León Mera.

mi modo, porque no me juzgo competente para conservar en castellano la índole del quichua, tan dulce y expresivo, aunque bárbaro.

»Pedro (si gusta el lector daremos este nombre a nuestro héroe) tenía también en otro tiempo casa de tapiales con alar de teja y cruz de ladrillo en la cumbre; hallábase rodeada de algunas áreas de terreno bien cultivado; el patio estaba cuajado de gallinas, en el redil lucían cien gordas ovejas, en la pocilga cuatro marranos, y en varias estacas borricos y bueyes, sin que faltase la vaca lechera con su triscador ternero.

»Pedro trabajaba en las labores del campo; ayudábale su mujer, según es costumbre entre los indios, y las hijas cuidaban de la vaca y demás animales caseros. Los domingos iban a misa, el marido con poncho de hilo de algodón y sombrero con cintas anchas, la mujer con rebozo colorado y el cuello cubierto por una docena de gargantillas, las hijas no menos bien puestas y guapas, y todas rebosando salud y contento. Algunas veces, eso sí, iban cuatro y volvían cinco, si hemos de contar con el numen del vino o

más propiamente de la *jora*[4], que marido y mujer lo llevaban en la cabeza; pero idos al siguiente día los vapores divinos, todos volvían a sus tareas conocidas y la paz nunca se alteraba.

»Esta dicha no debía ser duradera, porque era demasiado grande para un indio. Sobre él pesa una maldición, y extraña cosa sería un ser maldito gozando de felicidad toda la vida. Algunas veces la columbra, la palpa, cree poseerla; pero es para hundirse luego en mayor miseria y padecer y llorar sin consuelo.

»Una mañana cayó en casa de Pedro un *demandero*, con la efigie de San Antonio en la mano, caballero en un mal jaque y enterrado entre los borregos, gallinas, alforjas henchidas de granos y otras muchas cosas habidas de la *caridad* de los campesinos, como las contribuciones que arrancaba cierto gobierno del *patriotismo* de los ecuatorianos; pues los *demanderos* y aquel gobierno han tenido el mismo método de infundir virtudes cristianas y

[4] Maíz germinado para hacer chicha, bebida alcohólica americana.

sociales, y el mismo sistema de extracción de limosnas y contribuciones.

»El intempestivo visitante presentó la caja de rapé a Pedro y su mujer, que tomaron buenas pulgaradas con más que buena inocencia, y en pago diéronle unos cuantos puñados de maíz.

»–¡Esta es lismona! –exclamó el *demandero* indignado. Y sin más ni más, dejó la cabalgadura, entró al aposento y *limosneó* (para este caso hay necesidad de crear tal verbo) cuanto hubo a la mano o fue de su agrado. Luego en el patio echó los cinco a una gallina, y puesto de puntillas alcanzó a divisar el redil; fuese a él, echó lazo al padrote, y se lo llevó en nombre de su indiscutible derecho y a vista y paciencia de los atónitos indios. La mujer solía decir después, recordando lo ocurrido, que el diablo en estampa de *demandero* había ido a su casa, a dar comienzo a la serie de infortunios que sobre ella y sus habitantes vino muy luego.

»El mismo día y en nombre del cura fue Pedro notificado con el nombramiento de prioste del santo patrono, y a poco tuvo una boleta

del juez parroquial para que fuese a contestar una demanda temeraria promovida por un tinterillo[5]. Al día siguiente, mientras apoyado, o más bien víctima, de otro leguleyo, contestaba la demanda y se dejaba envolver en las redes del foro aldeano, como la simple mosca en las de la astuta araña, habían tocado en la casa el primiciero y el diezmero, y ambos a cuál más mal cristiano, invocaron su derecho y lleváronse cuanto fue necesario para satisfacer por entonces su codicia: las gallinas fueron quintadas, las ovejas diezmadas y arrebatadas en lo más florido, un borrico y un buey pagaron la albaquía, y, por añadidura, las tetas de la vaca quedaron escurridas, como nuestro tesoro en un día de revista de comisario.

»Al alejarse el diezmero se paró a contemplar las cementeras del contorno, y deteniéndose en las de Pedro exclamó con toda la efusión de la codicia: «¡Caramba! Este indio es ricacho; mas, por fortuna, yo soy el diezmero…».

»Vino el día de la fiesta, y los ya menoscabados haberes de Pedro tuvieron que hacer

[5] Empírico del Derecho que sustituye al abogado.

frente a multitud de gastos, superfluos los más. El párroco se llevó una gran tajada, superior, por supuesto, a la que señala el arancel; los coadjutores no se quedaron sin la suya, y el síndico, los sacristanes, músicos, coheteros, las solteronas con su oficio consabido, los alquiladores de espejos y colgaduras, etc., etc., dejaron exhausta la bolsa del desdichado viejo. Pero todavía no contamos con otro gasto tremendo: la función de la casa; y para ello entre muertas y vendidas habían desaparecido ya las gallinas y ovejas sobrantes de los *demanderos*, diezmeros y primicieros, y de los presentes dados al tinterillo, y de los derechos del juez, que a veces suele cobrar un borrego por una firma y un par de gallinas por un *hice saber a don fulano*.

»La fiesta pasó al fin, mas no la litis, y esta vino al cabo de pocos meses a consumir con los últimos borricos y bueyes; y hasta la vaca lechera con su ternerillo se fue de casa, haciendo derramar muchas lágrimas con su eterna partida a las dos muchachas hijas de Pedro.

»Acosado se veía este por tantas desventuras cuando fue nombrado alcalde, otro motivo de gastos y ruina, pero que tenía que aceptar so pena de tamaña deshonra. Aquí ya le fue preciso a Pedro dar su casa y terreno en empeño a un famoso usurero de la aldea, funesto *lobo con piel de oveja* que oía misa todos los días, tenía conexiones con el cura, y robaba con una sagacidad tal que siempre estaba libre de la acción de la ley, a la que aparentaba gran veneración.

»A más de los dos años triunfó en su pleito nuestro héroe, y salvó sus tierras por este lado; mas para pagar los derechos de la última sentencia hubo de vender la mujer sus últimas gargantillas y el marido el único poncho nuevo que le había quedado. Con todo, se alegró Pedro juzgando que este triunfo era el fin de sus desgracias y principio de una nueva fortuna; pero la alcaldía con sus danzas y festines continuos no había pasado, el plazo del empeño de las tierras se acercaba, la mujer cayó enferma a fuerza de trabajar y padecer, y la ruina próxima era inevitable. En tanto vino nuevamente el

diezmero, no a cobrar en granos, sino a hacer a Pedro un cargo que no esperaba y a exigirle dinero porque, según es uso, las sementeras habían sido tasadas, y el diez por ciento debía ser pagado conforme a esa tasación. El usurero estaba listo como el demonio para llevarse el alma condenada, y pagó por Pedro al estar ya en camino para la cárcel, con la condición de que si a la vuelta de un mes no se le volvía esta y la suma anterior, la hipoteca pasaría a ser su propiedad.

»¿Qué dinero iba a devolver Pedro, si apenas tenía ya el alma en el cuerpo, y eso no con títulos muy seguros de propiedad? Vino pues el vencimiento del plazo, y el judío del prestamista se apropió de casa y terruño. El día de esta catástrofe murió la mujer; y, como para rematar las desgracias que con su fatídica presencia había comenzado, asomó el susodicho *demandero*, y alzando las manos sobre el cadáver murmuró un responso que, por salir de tal boca y en macarrónico latín[6], acaso no subió

[6] Latín deformado y simplón.

ni al techo pajizo de la pobre estancia; tendió luego la mano para que Pedro pusiera en ella la limosna en remuneración del responso, el indio se excusó con la verdad diciendo que no tenía ni un cuartillo, diole aquel pillastre un bofetón y se fue. Algunos vecinos caritativos llevaron la difunta al cementerio; mas el cura exigió los derechos de entierro antes que se la sepultara; a falta de dinero y *por compasión* pidió que Pedro diese a su hija mayor para criada, pues no quería meterle en la cárcel por la deuda; se sometió el desdichado a esta nueva prueba, y despidiéndose de mujer e hija volvió para despedirse también de su choza. Pero ¿a dónde irá…? El nuevo dueño de ella le propuso que continuase habitándola, a condición de servirle de peón concierto[7]. Aceptó el viejo propuesta y condición, y se esclavizó para siempre. El día que contaba su historia pesaba sobre él una enorme deuda. Sabido es cómo muchos amos adeudan a sus sirvientes, dándoles, en son de adelan-

[7] Indígena que realizaba trabajos de manera vitalicia y sin recibir salario.

tos, efectos malos a precios dobles y triples, negándoles el abono del jornal por cualquier simpleza, y cometiendo otras mil injusticias.

»Aunque Pedro lo calló, es preciso añadir que tras tantas desgracias se dio a levantar el codo[8] con excesiva frecuencia para adormecer las penas; y con esto aumentáronse las necesidades, y ellas le obligaron muchas veces a buscar arbitrios en la hacienda ajena, ayudado por la hija que le había quedado para compañera de todas sus miserias.

»Terminada la historia del infeliz viejo que infundió compasión a todos los circunstantes, el aguacero iba también tocando a su fin; el cielo mostraba su faz de azul purísimo por entre las rotas nubes, y los rayos del sol se encajaban por estas roturas para descender a la tierra y calentarla y regocijarla; los gorriones salían de entre los matorrales, se sacudían y cantaban, y algunas aves de rapiña cruzaban ya los aires en busca de alguna víctima desprevenida. Pedro echó a caminar seguido de su hija y arreando el

[8] Se dedicó a ingerir bebidas alcohólicas.

borrico, mis peones comenzaron nuevamente su faena, y yo, dando como ellos las gracias al dueño de casa por su generoso hospedaje, los seguí silencioso y meditabundo».

He aquí, me decía, unas cosas bien dignas de atención, y si yo fuera filósofo ya tuviera algunas malas noches pensando en ellas. Ese pobre Pedro fue honrado, laborioso, inteligente para el trabajo, y poseía otras prendas que le habían hecho persona distinguida entre los suyos, y pudieron hacerle útil a la aldea, a la ciudad, a la provincia entera, y hasta a la nación, pues «en las repúblicas nadie se eleva sino para dar la mano a los demás», como ha dicho un compatriota nuestro, y para contribuir por su parte, se debe añadir, al progreso moral y material de la patria. Pero ¡cuántos enemigos se levantaron contra el indio! ¡Cómo se empeñaron en arruinarle! En nombre de la religión destinada a perfeccionar las buenas pasiones, reprimir las malas y exaltar el espíritu hasta el cielo; en nombre de las leyes establecidas para la seguridad de la

vida, honra y hacienda; en nombre del honor que dan ciertas obligaciones sociales, y del trabajo que moraliza y enriquece, le han arrebatado a Pedro sus bienes, le han empobrecido, abatido, deshonrado y dádole vicios que no conocía, los mismos hombres en cuyas manos estaba el poder de obrar el bien, o algunos zánganos humanos que practican el mal impunemente y viven de la sangre y lágrimas de los débiles e infelices. ¿Quién ha levantado la voz contra tantos abusos y crímenes? Los congresos han dado varias leyes en pro de la clase india; pero, o han sido inconsultas e inaplicables, y los resultados, por lo mismo, no han correspondido al intento del legislador, o han escollado tal vez contra la voluntad de los mismos que le dieron; porque no es extraño entre nosotros ver hombres que piensan y obran de un modo en las Cámaras, y piensan y obran de muy diverso modo fuera de ellas. ¡Peregrinos legisladores que abofetean la ley, hechura suya, cuando quiere colárseles en su casa!

En fin, tarde vendrá el remedio para estos males: entretanto, robe y beba el pobre Pedro, y cubierto de harapos arree su fatigado borrico, imagen de la raza india trabajada y fatigada por los vicios y miseria que le han dado sus dominadores.

Juan León Mera Martínez (1832-1894). Nació en Ambato. Uno de los más importantes escritores ecuatorianos del siglo XIX. Fue ensayista, crítico literario, político, novelista y pintor. Entre sus obras más importantes se encuentran *Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana* (1868), *Cantares del pueblo ecuatoriano* (1892) y la novela *Cumandá* (1879).

«Historieta» fue tomado de *Novelitas ecuatorianas*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fé, 1909. pp. 227-241.

¿Quién paga?

Remigio Crespo Toral

Don Serafín, desde los verdes años, se dedicó al honrado oficio de la usura –hermano mayor del otro que Cervantes declaró necesario a la buena policía de las repúblicas: sabroso oficio aquel que nuestro pueblo designa con el nombre de *chulco*: es decir, caldo de huevos guisado con queso y leche, comida de judíos, de los de aquella raza superior que sabe y que no practica la máxima bíblica: *Mutuum date nihil inde sperantes*, es decir, prestar sin interés,

cosa que hoy pasa como rompecabezas: triángulo en círculo o helados calientes…–.

Y va don Serafín para más de sesenta años. Es de los Jiménez que morían de mal de vejez. Viste el mismo gabán cerrado, color canela, y en casa el mismo ponchito de la tierra, aromo y verde, a listas. El sombrero es semigrís: *pava* –por insulto a ese indefenso animal–.

Ha vivido y vive solo, en su casita de la villa, en el camino que va al río. A la otra banda del río posee una cuadrita de alfalfa. Desde la tienda que da a la calle le sirve una vieja criada, la Toribia, que guisa la comida del señor. Tipo de frugalidad, de higiene… y de *hambre*, es decir, de codicia, como dicen unos dos sobrinos desvalidos de don Serafín, a los que apenas contesta el saludo, en previsión de que le pidan algo. Pertenecen unos y otros a la familia Jiménez, mala casta al decir popular, por la ancestral avaricia que roía las entrañas de la mayor parte de los ejemplares de la tribu…

Todos los días por la mañana va el viejo a la cuadra, a contar los tallos de alfalfa y

venderla a peso y medida, montado en mulita parda, diestra en pasar el río. ¡Tal para cual!: la mula cultiva la temperancia de la raza de los Jiménez.

De regreso, después del ligero y único desayuno de las doce, se dedica don Serafín a sus negocitos de banca, en forma reservada y sigilo sacramental. Campesinos hambreados, borrachitos sedientos, jugadores enloquecidos, madres llorosas, hijos desaparecidos… acuden con la prenda de estilo, firman el documento matador con testigos presentes o *entendidos*, y reciben, mermado, mutilado y chorreando sangre, el préstamo, consistente en el papel grasiento de unos billetes, que dan vuelta vertiginosamente en la rueda de los intereses, que decía el sabio don Francisco de Quevedo. La consigna: «¡Cuidado con avisar a nadie! ¿No saben que tengo unos sobrinos pícaros…? ¿Y los ladrones? ¿Y el Gobierno, el gran ladrón…?».

Y allá, en un escondite, se recogen las prendas, los billetes ordenados y clasificados y los líos de documentos.

Una parroquiana le dice:

–Señor, ¿no teme usted que le asalten? ¿Por qué no se casa, siquiera para la compañía?

–¿Casarme yo? –replica asombrado don Serafín–. ¿Y con qué? ¡Cuando, solo, apenas vivo! Entre dos, ¡válgame Dios!, ni estando loco. Del asalto no temo, hija, que buenas armas tengo… que me han puesto en prenda. Es lo único que queda de mis negocios… y mi perro, que lo desencadeno. Es una fiera, de noche.

Si llega algún pobre a las puertas del viejo, grita este:

–¡Hermanito, por ahí vamos!: pida para dos…

Y así, corrida la mala opción sobre el viejo ermitaño, no acuden a la casa ni las moscas hambreadas. ¡Qué dicha! ¡Qué seguro se vive en la soledad! El buey en ella bien se lame… sus billetes y los intereses que sudan.

* * *

–Pero ha de morir el viejo… –era el dicho o, mejor, el deseo público, no solo el de los sobrinos.

Y así fue… Que eran ya las doce, las dos de la tarde, las cuatro, y no se abría la puerta de la casa de don Serafín. La Toribia lloraba, porque no hubo quien le diese la peseta para la comida.

Gran turba de deudores, el Corregidor de la villa, el cura y los dos sobrinos se congregaron en tumulto.

–Que se rompan las puertas.

Y se rompen.

Penetra la gente y caen también las puertas de la alcoba a empuje de los dichosos sobrinos, que notifican a la autoridad.

–Señor, aquí no entran sino usted y los herederos, nosotros.

La autoridad ampara a estos, y queda afuera la muchedumbre.

Se alzan las cortinas del lecho y asoma don Serafín, muerto… Lo voltean por todos lados, por si aparezcan golpes o heridas… y nada. Es muerto auténtico, muerto limpiamente, sin un rasguño siquiera.

–Y sin restituir –exclaman algunos malquerientes, desde el patio.

Se desaloja la morada, y los benditos sobrinos, con la seguridad del tesoro, con la íntima alegría y adusto semblante de fingido duelo, sacan el cadáver a la sala; ponen en buen recaudo los muebles y echan cerradura a la alcoba, donde aparecen las cajas de cedro tentadoras.

Y luego a los preparativos: el ataúd, los cirios, los cortinajes, el registro civil, los derechos parroquiales…

José Manuel y José Vicente –nombres de los sobrinos– se sienten como nacidos de nuevo. Algún día, debían valer los Jiménez.

Vienen varias víctimas a clamar:

–Señores, tendrán piedad de nosotros. También fueron ustedes pobres como nosotros.

–Que mi documento.

–Que mi prenda.

–Que no tengo recibo, que no me lo dio.

–Paciencia: que todo se arreglará –contestan los herederos, en actitud protocolaria.

* * *

Le acomodan al muerto en las andas, se le encienden los cirios.

Será al día siguiente el entierro, cuando entreguen el ataúd –uno de primera, como que don Serafín era el más rico del pueblo–. Que siquiera muerto duerma en buena cama…

Se enluta la casa, se ordena el refresco para después de la inhumación…

Así es la fortuna del mundo… ¿Para qué le ha servido a don Serafín el martirio de su perra vida?

Pero… no saben los sobrinos lo que les espera.

Échanse a dormir en un cuarto contiguo a la sala mortuoria, y el viejo, que duerme como ellos, con el frío de la madrugada, resucita…

Se ve entre cuatro cirios, vestido de hábito de difunto; y recogiendo los datos de la conciencia, se da cuenta de su muerte aparente, cobra brío y se levanta, deja las andas, y ante todo se apresura a apagar los tres cirios. Piensa bien… es suficiente la lumbre de uno, hasta que venga la mañana.

Asoma esta en las vidrieras, y el viejo apaga el último cirio. Los sobrinos duermen hasta que les despierta la luz del sol.

Y cuál su asombro al encontrar vacía la anda, tirada al suelo la colcha mortuoria, y en un rincón al mismo, al auténtico tío con la mortaja y encima el ponchito consuetudinario de listas aromo y verde.

–¡Jesús! ¡Jesús!

Primero el terror, después la compasión, la vergüenza, algo como el estupor de una caída desde la torre parroquial al suelo…

El pueblo entero, que por sufragio universal había decretado regocijo por la muerte del fundador local de la usura, siente malestar, desilusión, no velado resquemor, porque había resucitado el famoso roedor del pueblo.

–¿Para qué lo guardará Dios?

–Para mal de nuestros pecados y para desconcierto y desdicha de los pobres sobrinos.

–Los Jiménez nunca han sido nada, y así seguirán…

* * *

Porque desde el siguiente día empieza el curioso conflicto de derecho…

–¿Quién paga los lutos, quién devuelve los derechos pagados al Vicario? ¿Y la cera? ¿Y tantos gastillos? ¿Y el refresco…?

Los letrados y los tinterillos se devanan los sesos para resolver el problema. ¿Pagará el viejo? ¿Pagarán los sobrinos?

Desde luego, se testan las partidas de defunción de los libros eclesiásticos y civiles.

Reconvenidos los sobrinos por tales expendios, emplazan a los acreedores para casa del tío.

Y este, en sano juicio y buena salud mental y corporal, contesta:

–No pago, sencillamente porque no he muerto. Todo fue apuro de los sobrinitos: ¡qué tipos!

–¿Y los cirios no han alumbrado a usted, viejo canalla? –le grita el sacristán.

–Y acaso yo te los he pedido, atrevido, tragacera. Conténtate con el moco…

–¿Cómo? ¿Y acaso usted no estaba muerto?

–¡Muerto! ¿Y acaso no estoy hablando? Anda y cobra a los entrometidos que te buscaron. Y ante todo, acuérdate de tu documentito…

El señor Vicario se allana buenamente a devolver los derechos a los pobres sobrinos, que los habían pagado, tomándolos a préstamo. Sabe el Vicario que a su tiempo vendrán esos dineros, porque no se ha descubierto aún la inmortalidad, y menos la de los ancianos, por más que los escude el blindaje… de los billetes.

Lo del ataúd sí que lleva cola.

El carpintero, que sabe que de los sobrinos no puede sacar un centavo, la emprende con el *muerto*, en demanda solemne, que el viejo contesta pidiendo se rechace con costas: porque, primero, él no ha contratado tal mueble; y, segundo, porque este fue destinado a un muerto, y él no ha muerto, como que firma la contestación a la demanda.

En veras y burlas, se entretiene, a propósito de la curiosa litis, toda la villa. El viejo aumenta su

popularidad –al revés–, que la tiene bien ganada. La villa en masa se declara a favor del carpintero.

Para evitar escándalos, el Cura Vicario va a casa de don Serafín y le insinúa una transacción:

–Don Serafín, ¿no es verdad que al cabo usted ha de necesitar del ataúd? Usted es tan achacoso, que por milagro ha resucitado.

Y salta el viejo, replicando:

–¿Y los intereses? ¿Por qué comprar lo que todavía no necesito…?

El tío no se da a partido: que le ampara la ley.

Los gastos del luto, de las velas y tantas menudencias, perdidos quedan. Los acreedores encomiendan el cobro al juzgado del tiempo.

¿El refresco…? Que se refresquen con él los sobrinos.

–Ya se morirá el viejo, y entonces…

Pero el carpintero aprieta el pleito, y lo gana, merced a la presión popular que obra sobre el juez, que replica a los contradictores de su leal y sabia sentencia:

–¡El juez debe hacer justicia como Dios! Siento no haber podido enterrar al viejo en el ataúd que lo tiene ya comprado.

***

Pues perdió el pleito, don Serafín recoge el ataúd de su propiedad y se lo lleva a su alcoba.

–¡En fin! ¿Qué hacer…? De morir tenemos… Lo que siento es de los intereses…

Perdido el pleito, el revuelo del asunto pasa confundido en la pesadez de la vida ordinaria. Solo aumenta el ahínco popular, que ha condenado a muerte natural al viejo.

Este sigue las operaciones de empeño, descuentos, dote y… Su oficina es necesaria… como la de aquellos oficiales que recomendó Cervantes.

A los clientes propone siempre un ataúd de primera, con la dote respectiva en billetes sucios.

–¡Eso no! –exclaman casi todos los necesitados–. Ese mueble no se compra en vida.

–¡Es lo que dije y digo! –exclama don Serafín–. Pero hay jueces que no tienen sentido ni común. Pero el tal juez me la pagará…

Y se la pagó.

Porque el juez, como todo mortal, hubo de morir, y la viuda viose precisada a recibir prestado para el entierro, y recibirlo del banquero del lugar, el exmuerto don Serafín.

No se atrevió ella en persona, pero el viejo, de tan buen corazón, fuese vivo y efectivo a casa de la viuda, y frente al cadáver del juez (a quien había castigado el Cielo por su mala justicia) hizo el documento incluyendo en venta el ataúd del pleito.

–Señor, pero no le costó a usted sino sesenta pesos.

–¿Y los intereses? Eso sí que no pierdo, los intereses.

Y la viuda firma el papel que se le da, recibe el dinero de ajuste y lleva el ataúd –el mismo ataúd del pleito–.

–¡Justicia de Dios! –exclama el dichoso acreedor.

Todo para comentario y guasa en el pueblo.

–El que tiene manda. Así es el mundo. La justicia solo allá, allá…

El señor Vicario es el único que tiene fe –la fe traslada los montes– de cobrar los derechos de entierro, que hubo de devolver después de la memorable resurrección del insuperable anciano.

***

Y sigue la vida ordinaria y el reloj de las acciones del viejo. En la mañana el recuento del dinero y la revisión de los pagarés y el despacho de la clientela: a las doce la ligera colación y en la tarde el viaje a la quinta, pasando el río en la mula vieja –*Matusalena*, que le llaman los chicos: mula de treinta años merece tan venerable nombre–.

Una tarde, que debía ser la final, el viejo llegó –montado en la mula– a pasar el río, camino de la quinta. El río estaba un poco hinchado. Los balseros de la orilla dicen a don Serafín:

–Señor, pase en la balsa: el río está algo crecido.

–No, hijitos, gracias. Mi mulita es una embarcación, muy conocedora del río.

Los balseros, que saben por dónde cojea el viejo, insisten:

–Señor, le pasamos de balde.

Pero el jinete contesta:

–Gracias, no quiero deber favores.

Entre risas y cháchara de los balseros y de los chicos curiosos penetra la mulita diestra con el viejo a cuestas, y sigue a casco firme, hasta que tropieza y suelta la carga en el agua.

Los pícaros chiquillos prorrumpen en chillidos:

–¡Adiós, taita *Sera-sin-fín*!

Envuelto este en el poncho, convertido en una pelota, desaparece, mientras la mulita repasa el río y vuelve a la orilla de donde partió.

Gritos, alarma, gentes que se precipitan a la ribera, los balseros que sueltan las embarcaciones para el salvamento; y…

Nada, nada… Que de esta sí que no vuelve el viejo.

Los sobrinos llegan jadeantes, corren río abajo, a ver si el bulto sobrenada. Estéril empeño.

Evidente que el viejo es muerto. ¿Y el cadáver?

Tras él se mueve el pueblo caritativo. En la busca va el cura rector, para rescate de sus derechos.

Y nada, nada… Se lo tragó el agua.

Pasan días y semanas y la corriente no devuelve los restos de don Serafín, quien en buena hora rehusó el ataúd, y se negó a pagar las exequias de cuerpo presente. No las tiene ni de cuerpo ausente…

Los sobrinos, que se incautan de la quinta, de la casa y de su contenido, pagan la cera y los lutos de antaño, pero al señor vicario ni un centavo.

–Dígale de caridad una misa al viejo, si a bien tuviere.

–¡Misa por él…! Un desperdicio…

Así es como don Serafín ganó el pleito de su entierro… en última instancia.

Remigio Crespo Toral (1860-1839). Nació en Cuenca. Destacado escritor, cultivó la poesía y el ensayo. Entre sus obras se encuentran *Últimos pensamientos de Bolívar* (1889) y *La Leyenda de Hernán* (1917).

«¿Quién paga?» fue tomado de *La Unión Literaria*. Serie 8. n. 1. Cuenca. Abril de 1936. pp. 72-78.

Memorias del niño Santiago Birbiquí

José Modesto Espinosa

Buscando, días pasados, un documento traspapelado entre otros mil de una testamentaria, di con un manuscrito que, si merece la pena de publicarse, lo dirá quien le leyere. Al menos a mí me ha servido mucho el hallazgo, pues me ha librado del apuro en que me encontraba sin tener un artículo que dar para el número 15°. de *El Iris*. He aquí el manuscrito puesto ya en letra de molde.

***

MIS MEMORIAS

Algunos grandes hombres han escrito la historia de su vida, y yo que a mi ver soy más grande que todos, aunque no haya espantado al mundo por las armas ni las letras, voy a escribir también como si dijéramos mis *Memorias*, que no permita Dios sean de *ultratumba*[9]; pues deseo publicarlas lo más pronto posible, que vivan ellas largo tiempo, y yo el necesario para verlas en las boticas, sirviendo para tapar vasijas de jarabes y envolver polvos medicinales; que es el fin que tarde o temprano, cuál antes, cuál después, alcanzan todos los escritos buenos o malos. Las boticas son como la muerte que nada respeta, y no falta quien asegure que son la muerte misma, no sé con qué fundamento: pero esto no hace a mi propósito, y volveré a él diciendo solo que he visto una dosis de cerato simple

[9] Alusión a la obra *Memorias de ultratumba* (1848), de François-René vizconde de Chateaubriand.

en una hoja del *Quijote*, lo que me ha dado a conocer hasta dónde llega el tedio que la literatura inspira a los hombres de espátula y almirez[10]. Permita, pues, el cielo que llegue a verme agobiado por los años, y que el medicamento que ha de dar fin a mi existencia vaya a mi lecho de muerte envuelto en esta primera hoja de mi vida o cubierto con ella.

Nací el 5 de marzo de 1848, un año después de la muerte de mi padre; y aunque la comadrona dio en la flor de asegurar por todas partes que era sietemesino, ni lo afirmo ni lo niego, porque mi ciencia no alcanza a tanto: solo sé que nací muy flaco y pequeñito, y que cuando todos los que me veían pensaban que moriría inmediatamente, en este momento vivo todavía, sin que me quepa la menor duda, mientras que mi madre murió a los dos días de mi nacimiento, cosa que la comadrona y los médicos atribuían a lo prematuro del parto, y mis parientes al dolor que la difunta señora había tenido por la muerte

[10] Mortero de metal, pequeño y portátil.

de su esposo: de suerte que, según los últimos, no había esperado sino echarme a llorar en este mundo para morirse de pena. Pero vamos más despacio, y luego veremos el verdadero porqué del fallecimiento de mi madre.

El fenómeno más notable que en mi persona se ha realizado es el conservar yo memoria exacta de cuanto oí, vi y me sucedió cuando recién nacido, y el haber desde entonces tenido el uso completo de la razón que Dios se ha dignado de darme. Este privilegio fue en mis primeros días una fuente de disgustos para mí, como podrá suponer quien considere a un hombre en todo su juicio, envuelto y fajado como un mazo de tabaco, y sin conseguir sobreponerse a las debilidades propias de la infancia.

No bien la comadrona me puso la delicada camisa que mi madre me había preparado, cuando todos los parientes y amigos acudieron a conocerme, y ni uno solo dejó de hallar tal semejanza entre mi fisonomía y la de mi padre, que no me faltaban sino las barbas para ser yo mismo mi papá. Con vehemente anhelo

procuraba yo descubrir cuál de los circunstantes era mi padre, tanto por conocerle, cuanto por conocerme; que buenas ganas tenía de saber con qué cara había hecho mi salida a este valle de lágrimas; y al fin hube de fijarme en uno que al disimulo me acariciaba, ¡y luego se acercaba a mi madre y le decía unas cosas…!, y cómo deseaba decirle: «¡Papá mío, aquí tiene a su hijo!». Felizmente la lengua no acertaba a servir a la voluntad, que a poderlo habríamos quedado frescos, porque a poco rato oí decir a una de mis tías maternas: «¡Oh! Si el pobre Bonifacio viviera, cuánto gusto tuviera en ver a su hijo». «¡Medrados quedamos!», dije para mí, «¿conque soy huérfano? ¿Y quién es este que así me acaricia y tal habla a mi mamá, que ni si fueran los dos la misma carne y sangre?». Y con estos y otros desagradables pensamientos me quedé dormido en los maternos brazos.

En recordándome me encontré en los de una tía, y era ya de noche, y mi madre dormía tranquilamente: por lo que todos los parientes y amigos hablaban en secreto para no despertarla,

y yo me hubiera pelado las barbas de curiosidad, si las hubiera tenido; pero no había sino que sufrir, y sufrí hasta que el hambre me hizo dar suelta al llanto: con lo cual mi madre abrió los ojos y después de darme el beso más tierno que he sentido en toda mi vida, me amamantó lo mejor que pudo, pues yo era su único y primer hijo. Entonces fue la conversación en alta voz, pero sobre cosas de poco más o menos que no vienen a cuento; y entre dormirme y despertar pasaron las horas, hasta que llegó la de retirarse los amigos y los parientes de fuera, y de acostarse los de casa. Una tía se apoderó de mi persona, y las demás le advirtieron que cuidase de aplastarme, porque no estaba bautizado.

«Esté o no esté», dije para mí, «¿por qué me han de aplastar?», pero por más que deseaba decirlo a voz en grito, el grito salía, mas las palabras, ni lo imagine usted. Por otra parte yo no sabía lo que era bautizar, y bien me hubiera querido que la cosa no llegase jamás, para que no fuese a menos el cuidado por mi vida.

Así, y sin suceso digno de memoria, pasé la primera noche y el segundo día sobre la Tierra; pero la segunda noche ya fue otra cosa.

A las seis en punto me vistieron mis tías con un lujo que me puso tan alto, aunque siempre con la maldita faja; y reunidas muchísimas personas, oí que me iban a bautizar. Figúrese el lector cuál sería mi angustia con tan fatal anuncio: y digo fatal, porque lo fue entonces cuando yo no sabía lo que significaba; pues lo que es ahora, mil gracias doy al cielo por el beneficio que me hizo. Una criada vestida de nuevo se dio la molestia de llevarme a la iglesia parroquial, y yo iba dando encía con encía, porque dientes… Para mí bautizarme y aplastarme, todo era uno, y cuando me vi en la puerta del templo fue ya más muerto que vivo. Luego me tomó en sus brazos el sujeto que yo había tenido por padre, que fue embrollar más mis conjeturas, y me encontré de buenas a primeras delante del cura, y los sacristanes con ciriales encendidos: y sonó la música (¡qué buena me pareció!, sobre todo el primer violín), y como

por encanto se allegó un buen número de curiosos. Cual me encontraba feo, cual de regular presencia, uno pequeño y flaco, otro grande y obeso; una mujer criticaba y otra elogiaba mis atavíos; y entretanto el sacerdote leía en su viejo libro unas oraciones que no entendía por ser en latín. De cuando en cuando entablaba un diálogo con los sacristanes en la misma lengua, que así entenderían ellos como yo; y luego, sin más ni más me encajó en la boca una narigada de sal que así la hubiera visto yo en la suya.

Poco después mi padrino dio conmigo en el bautisterio, el cura y los suyos fueron delante, y detrás la turbamulta de curiosos. Siguió el cura leyendo delante de la pila, y yo temblando como la víctima que mira el cuchillo levantado: cuando he aquí que el señor bautizante me pregunta: «*Vis baptizare*?». «¿Qué *vis* ni *vas*?», quería yo decir, «yo no entiendo de latines»; pero como los sacristanes se dieron prisa a responder «*Volo*», «Acabamos de llegar», me dije sorprendido, «pues mire usted si he tenido intérpretes y procuradores (¡ahora se lo

agradezco!), ¿y qué dirán con tales palabras?». Mas no acababa de salir de mi aturdimiento, cuando el padrino me puso boca abajo, y el señor cura me gritó: «¡Santiago! *Ego te baptiso*…» y no pude percibir más, porque una chorrera que cayó sobre mi cabeza me tapó los oídos y casi me atajó el resuello. «¡No sean ustedes bárbaros con una pobre criatura que no les ha dado motivo!», quería clamar yo, creyendo que había llegado mi último momento; pero felizmente la cosa pasó sin perjudicarme, así como las demás ceremonias del bautismo, y me quedé tranquilo oyendo dictar al señor cura la partida bautismal, por donde supe que me llamaba *Santiago Birbiquí*; que era hijo legítimo de don *Bonifacio Birbiquí* y doña *Rosaura Hachuela* (a quienes Dios haya perdonado), y que se llamaba don *Pedro Taladro* mi padrino a quien me recomendó el cura como a un padre. Y, sea dicho de paso, como tal me ha tratado siempre (Dios se lo pague), por lo que yo no le he llamado *padrino*, sino *padre-í-no*: frase que no deja de formar cierto acertijo.

Terminada la ceremonia, volví a los brazos de la criada y la gente nos sacó en vilo hasta la calle: poco después fui restituido al regazo de mi madre, y mi primer cuidado fue aplacar el hambre, porque el susto me había dejado como en ayunas. La habitación se llenó de gente, parientes y amigos, ni uno solo dejó de concurrir al parabién del bautismo; y para mayor solemnidad de aquel acto, mi padre-í-no había preparado un buen número de botellas y bastante provisión de dulces y helados. Copas van, vasos vienen, la cabeza de los concurrentes principió a calentarse, y la lengua a perder todo freno.

Unos comían, otros bebían, otros se dirigían recíprocas protestas de amistad eterna, otros se quejaban amargamente de haber recibido desprecios y desengaños. Suena de repente la música, y todos a la vez vitorean al padrino, a la reciente madre y al recién nacido, y comienza el baile, y heme aquí todo yo aturdido, sin saber lo que me pasa ni a qué viene tal estrépito de voces y movimiento.

–¡Silencio, señores! –clama una voz, y todos la escuchan cómo prosigue–: ¡Brindo por el feliz alumbramiento y no menos feliz bautismo que celebramos!

–¡Viva! ¡Viva el alumbramiento! ¡Viva el bautismo! –responden todos, mientras que el del brindis se echa un buen vaso de jerez.

Y los circunstantes siguieron brindando, cual por mi madre, cual por el padrino, cual por mí (solo de mi padre no se acordaron: ya se ve… el padrino ocupaba su lugar), y en todo esto me las pelaba por una quesadilla que, de un plato verde, fue rodando casi hasta la cama de mi madre, donde yo me encontraba. Pero ¿quién me la había de dar? Natural era suponer que yo no querría sino mamar, y como el complacerme no les correspondía, se contentaban el uno con profetizar que yo había de ser diputado, el otro con verme ya de general con brillantes charreteras, este con ponerme la banda de presidente, y aquel con pintar los progresos que haría la Iglesia ecuatoriana cuando yo estuviese de prelado.

Mi madre, en tanto, se quejaba de dolor de cabeza y mucho bochorno: yo estaba fajado y no podía tomarle el pulso, aunque por el calor que sentía no me cabía duda de que la enferma se encontraba ya con una violenta calentura. Bien hubiera querido, pues, que cesara aquella infernal batahola; pero en mí no era lo mismo querer una cosa que poderla, y la algazara siguió, y con ella de mal en peor la enfermedad de mi pobre madre. A las diez de la noche se nos acercó por fin una de mis tías, y preguntó a su hermana si aquello era de cuidado; y como mi madre apenas tuviese aliento para responderle, el alboroto de alegría se convirtió por el pronto en alboroto de confusión y pesar: hasta que, saliendo uno a uno todos los divertidos, quedamos solos los de la casa, incluso mi *padre-í-no*, que a poco salió en busca de médico. Llegó este, recetó yo no sé qué, y con ocho reales de aumento en su fortuna, quiso retirarse; pero por las súplicas de la familia y por más reales, pasó lo restante de la noche preparando y aplicando medicamentos sin resultado alguno favorable. Yo lo pasé también en vela,

tanto por la inquietud que me causaba la peoría de mi madre, cuanto porque, encontrándome ya bautizado, no dejaba de temer que alguien me aplastase; y si por un momento cedían los párpados a la necesidad, luego me despertaba sobresaltado.

La mañana llegó, y mi madre estaba moribunda: se ocurrió por sacerdote que la confesase; pero, ¡ay de mí!, ¡de ella más que de mí!, ¡el reverendo padre solo tuvo tiempo de absolverla!, ¡y yo perdí lo más querido que tenía sobre la Tierra!

En el anterior capítulo queda dicho cómo mi madre me dejó huérfano de ella y su difunto marido; y debe seguir en el presente la relación de mi vida desde el tercer día de mi nacimiento, sin divertirme en contar lo relativo al duelo, entierro y funerales de la finada, por no ser cosas que se refieren a mi persona.

Mi primer deseo, luego que pude reflexionar y ver que el fallecimiento de mi madre era mal sin otro remedio que la conformidad, fue el componer una necrología y publicar en ella las virtudes de la difunta y mi terrible desgracia.

Lo de las virtudes me fatigó un momento por no haberlas yo conocido; pero la consideración de que nadie había de contradecir lo que yo dijese me resolvió a poner mano en el asunto. Después he visto muchas necrologías, y creo que todas cojean del mismo pie.

Compuse ya cuatro estrofas *sentimentales* en sáficos adónicos, en las que principiaba por la fidelidad de mi madre a su dichoso marido, y ensartaba todas las virtudes habidas y por haber por todos los santos pasados y venideros; mas cuando iba a cantar mis lástimas, «Santiago, ¿qué haces?», me dije. «¿Sabes acaso escribir? ¿Puedes siquiera hablar para dictar tus versos?», y la musa huyó corrida de haber inspirado a un niño en pañales como era yo.

Volví a pensar en mi prosaica faja y natural impotencia. ¡Horrible transición! Entonces sentí hambre y di a conocer mi necesidad con el llanto. Una criada había, por no sé qué casualidad, tenido uno de los requisitos necesarios para ama de criar, y se acercó a mi cuna, y quiso que reemplazase al hijo que se le había

muerto: mirábala yo, y ni el color, ni la frescura, ni la delicadeza de la piel, nada tenía de mi madre; y casi me decidía a hacer el dormido por no reconocerla; pero el hambre que subía de punto y el temor de que no se hallase nodriza más simpática vencieron mi repugnancia; y diciendo para mi capote *a falta de pan buenas son tortas*, tomé el pecho a Dios y a ventura.

Madres he conocido después que en todo el vigor de la juventud, llenas de vida y robustez, se han contentado con tener hijos, desentendiéndose de la obligación de criarlos; y cada vez que he visto una de esas mujeres rebeldes a las sabias leyes de la naturaleza, no he podido sino recordar mis amarguras, y mirar a las tales madres como si fueran padres, y padres indignos; porque si a nosotros los varones nos hubiera tocado el deber de alimentar a nuestros hijos en sus primeros días, muy contentos nos hubiéramos hallado con tenerlos en nuestros brazos y darles en alimento la sustancia de nuestra vida.

Yo, señor, si alguna vez me caso, aunque tenga cincuenta muchachitos, todos han de ser

criados por su madre, que para eso los ha de tener ella, y no para entregarlos a la primera vagabunda que pase por la calle. El trabajo quitará a mi mujer las dotes de hermosura que Dios le hubiera dado: no importa, pues no seré yo de esos maridos necios que aprecian en sus esposas solo la belleza de la cara, sino que, por flaca y fea que ella se ponga, cada hijo que críe será para mí un nuevo lazo de ternura y amor, con la única condición de que los hijos sean míos: de otro modo… Dios me entiende. Pero tomemos el hilo de mi historia.

Pasaban los días sin acontecimiento digno de recuerdo; mas cuando la nodriza creyó conveniente ponerme en posición vertical, llegó el de conocerme yo mismo, una vez que por entretenerme me acercó a un tocador que había en el dormitorio. Jamás me olvidaré de mi cara de entonces: hoy día es, y todavía me parece que me estoy viendo, sin embargo de que han pasado tres años desde esa fecha. ¡Era una frente, señor! ¡Qué frente! Unos grandes ojos azules en que resplandecía la

antorcha del genio; una nariz y unos labios que ni el pincel de Rafael hubiera pintado mejores: en suma, era yo la criatura más linda que ha parido madre.

Pero ¿qué fue de tanta hermosura? ¿Qué de tan singulares perfecciones? ¡Si algo conservo de ellas, es solo una sombra de lo que fueron! Veamos por qué.

Tres meses hacía que estaba pegado a mi nodriza, cuando una noche me acometió un violento dolor a los oídos: preciso me fue llorar, y lloré por si mis tías diesen con la causa que yo no sabía explicar; pero tan erradas anduvieron ellas y el médico a quien acudieron, que en vez de dirigir los remedios al punto de la enfermedad, pusieron todo su empeño en curarme de una irritación al vientre, que se les antojó, sin más ni más, que iba a matarme. Ungüentos y cataplasmas, calomel[11] y polvos antimoniales de James… Imagine usted todo esto y lo más que se le ocurra para curar de una irritación, y

[11] Cloruro mercurioso que se empleaba como purgante, vermífugo y antisifilítico.

aplíqueselo al vientre, interior o exteriormente según sea el medicamento, estando usted con dolor de oído, y verá el alivio que experimenta; y si se figura usted que son otros los que así le curan, sin poder usted evitarlo, tendrá un cuadro fiel de mi apurada situación. Pero no estuvo en eso lo peor, sino en que aquellos dolores habían sido el principio de las enfermedades que me han perseguido después, como inmediato resultado de los *humores acres, proclives y corrumpentes* de mi nodriza. A ella, a ella sola debo mis padecimientos, así como a la suya todos esos niños que tienen la desgracia de nacer de madres que no comprenden el encargo que han recibido de la naturaleza y prefieren la conservación de sus fugitivas gracias al tierno deber de alimentar a los hijos sin ver que jamás la madre de familia es más encantadora que cuando tiene pendiente de su seno el fruto de su amor.

Pero, dando de mano a estos discursos enojosos para muchos, ¿diré de una vez lo relativo a todas mis enfermedades? Mejor me parece no

decirlo ahora ni volver a pensar en ello, que es punto lastimoso, y todo se reduce a contar que, mientras tuve *secuestrada la facultad de hablar*, los remedios andaban por el nadir cuando los dolores por el zenit; y que mi cuerpo con las enfermedades y los medicamentos se asemejaba a una varilla con las electricidades contrarias en los extremos. Esto debe de parecer mal a los señores médicos, pero es la verdad desnuda.

A pocos meses de nacido principié a articular algunas sílabas que nada significaban; y era de oír las interpretaciones de mis tías que se encargaban de traducirlas a su antojo. «*Bagué, pabá*», decía yo; y una tía exclamaba con espanto: «¡Oigan cómo dice que le bajen el retrato de su papá, que está clavado en la pared!». Bien me hubiera querido poder replicar: «¡Mentira! ¡*No digo eso ni nada*!», pero no podía soltar sino semipalabras sin sentido para los extraños, aunque muy significativas para mis parientes. Y era lo peor que todas esas *pruebas de mi inteligencia* eran el punto de la conversación con las visitas, así como las otras *gracias* que me atribuían las tías, y que solo

eran necedades suyas. Recuerdo que cierto día bordaba una de ellas unos tirantes y, estando yo cerca del bastidor, toqué por casualidad la seda que sobre él había. ¿Qué piensa usted que resultó de acción tan insignificante? Nada menos que dar mi tía en la flor de contar a sus amigas que yo era su maestro de bordado, y que con el dedo le indicaba los matices de la labor.

Indecible era la vergüenza que esto me daba, más cuando los que oían se mordían los labios por no soltar la risa; si bien alguna vez me sonreía por lo ridículo de tales cuentos. Pero entonces una tía pensaba que me sonreía cariñosamente con ella, y las demás procuraban conseguir igual manifestación de mi afecto, haciéndome arrumacos y dándome cosquillas. Imagine usted cosas peores para un hombre de juicio como era yo; y si no las encuentra, como creo, pesará sin dificultad la razón de la ira y enojo que me causaban aquellas impertinencias.

Cuando cumplí un año de edad, comenzó a apuntarme la dentadura; y pasé entonces el chasco más pesado cierto día en que iba a ma-

mar con hambre canina; porque cuando menos lo esperaba, gusté, en vez del dulce a que estaba acostumbrado, un amargor de acíbar que no le tendrán peor las comidas de los demonios en el infierno, si en el infierno hay comidas. Pasado el percance, mis tías me presentaron qué comiese por la primera vez en mi vida: devoré que no comí, y formé la resolución de no volver a pedir el pecho; pero el no haberme acostumbrado poco a poco a los nuevos alimentos me causó tal irritación, que ya estuve viendo la cara de Dios. Me sané por especial favor del cielo; y luego, con grande sorpresa mía, principiaron a salírseme las palabras, primero algo imperfectas, poco después completas, claras, distintas y adecuadas a mis pensamientos. ¡Oh, y qué satisfacción experimentaba cada vez que, para expresar una idea, salían mis palabras ordenadas y tales como yo las quería! Año y ocho meses contaba apenas; y mi *padre-í-no*, encontrándome expedito, se propuso una noche darme a conocer los caracteres romanos y cursivos de la lectura. Una lección fue suficiente; pues la siguiente noche formé sílabas con el auxilio de tan buen maes-

tro: la tercera leí correctamente, y la cuarta escribí sin dificultad. Yo no sé por qué a los demás niños se les hace cuesta arriba el aprender cosas tan fáciles.

***

Aquí termina el escrito de *Santiago Birbiquí*, que habrán visto mis lectores con la misma incredulidad que yo por la vez primera. «No, señor», pensaba yo, «esto es de todo punto imposible; no hay en ello una sombra de verosimilitud»; y comuniqué mi juicio a don Pedro Taladro, con presentación del manuscrito. «Sí, señor», me respondió aquel caballero, «el manuscrito es de puño y letra de mi *Santiago*, y dice verdad en lo relativo a la facilidad con que aprendió a leer y escribir tan portentoso niño a la edad de veinte meses: de donde infiero no ser imposible que se hayan cumplido en él los prodigios que este papel encierra».

–Pero, señor –le repliqué–, ¡esto es para volverse loco!

–¿Y niega usted los milagros que se han obrado en los santos? ¿Y no sabe usted que en el catálogo de estos pasan de diez los que lo han sido desde el seno materno?

–Así se dice, señor don Pedro, pero…

–¡*Pero*! –me interrumpió remedando mi voz y semblante–. ¡*Pero*! ¡Impío! ¿No cree usted en los milagros?

Con tal injuria creí prudente no seguir la disputa; y conociendo que en el manuscrito había algunos trozos como de costumbres domésticas, me ocurrió publicarle. Si no hubiera, por otra parte, contenido la relación de cosas tan extraordinarias, y *Santiago Birbiquí* se hubiera presentado como cualquier muchacho de esos que por centenares vienen al mundo todos los días, hubiera sido necedad publicar sus *Memorias*; pero en la inverosimilitud de estas encontré su originalidad; demás de que, cuando los animales hablan en las fábulas y discurren como racionales, y los poetas a las veces dicen cosas, sobre insustanciales, tan falsas y disparatadas

que no dijera más Mateo Pico, creo que las precedentes memorias pueden correr, si bien como inverosímiles, no como indignas de publicación por vacías de objeto.

Por lo demás, siento mucho que las *Memorias de Santiago Birbiquí* hayan sido de *ultratumba*, y que su autor haya muerto tan temprano; pues no llegó a los cinco años, según lo asegura su padrino; y si entre mis lectores hay alguno que lo sienta como yo, véngase a la *Imprenta del Pueblo*, y nos consolaremos mutuamente.

José Modesto Espinosa (1833-1915). Nació en Quito. Político, abogado y periodista. Se distinguió como político polemista de primer orden y cultivó exitosamente la poesía y, sobre todo, los artículos de costumbres, publicados con el seudónimo Setosa, en folletos y revistas como *El Iris* (1860-1962)y, posteriormente recogidos en dos tomos: *Artículos de Costumbres* y *Miscelánea* (1899-1901).

«Memorias del niño Santiago Birbiquí» fue tomado de *El Iris. Publicación literaria, científica i noticiosa*. Segunda serie. Entrega 15. Quito. Imprenta del Pueblo, por José M. Sanz. 5 junio 1862. pp. 246-251 y Entrega 16. 20 junio 1862. pp. 246-251

La gallina Cenizosa

Quintiliano Sánchez

Antes del aluvión que, en 1877, amenazó convertir Latacunga en lago de perpetua corriente, río abajo del Catuche, y hacia la orilla izquierda, se extendía una hermosa vega sombreada de alisos y viejos capulíes. Más allá, como escondida por pobre y por modesta, se ocultaba entre verdes molles una casita blanca.

Sencilla morada de la pobreza y la inocencia, ni del todo en el campo ni del todo en la ciudad,

estaba, sin embargo, bastante defendida de las miradas de curioso pasajero. Allí vivían dos jóvenes esposos, en cuyo rostro, demacrado por el pesar, no había sino amable sonrisa para dos niños, Alberto y Lucía, frescos y lozanos como una mañana de abril.

Los padres sonreían con esa alegría aparente tan necesaria para ocultar las penas, pero en el corazón experimentaban honda tristeza. Cuán amargo es el dolor que no se desahoga, cuán negra la desgracia, cuando no es fácil remediarla.

La desastrosa discordia civil que terminó en los campos de Galte y Los Molinos, enrojecidos con sangre de mil víctimas, había esparcido el terror en todas partes. Las campiñas en abandono no rindieron la abundosa cosecha que esperaba el labrador; porque aldeanos y labriegos, o habían huido a los montes para no ser arrastrados al ejército, o a su pesar habían trocado la esteva[12] con el fusil.

[12] Pieza corva y trasera del arado.

La casita blanca de los molles era entonces hogar sin pan, visitado por el infortunio. Sin trabajo el hombre honrado languidece y se agosta como árbol falto de savia y benéficas lluvias. En países pobres y sin industria tienen suplicio doblado los que buscan ocupación y no la encuentran, quedando inútil su afán.

El hogar escaso de alimento para los hijos es como nido sin calor donde pían implumes pajarillos.

Tres días habían pasado sin que humease la cocina de pajizo césped, y solo algunos mendrugos de pan acallaban el hambre de Alberto y Lucía, cuyas preguntas sin interrupción despedazaban el corazón de los padres.

–Papá –decía la sonrosada niña–, ¿por qué no hay lumbre en casa?

–Pronto la habrá, hija del alma.

–Me siento desfallecer. Antes no eras miserable, y le dabas a mamá esas moneditas que salían de casa para no volver; pero estábamos satisfechos y comíamos. ¿Recuerdas cuán sabrosos eran esos plátanos color de

oro, cuán hermosas esas manzanas de Patate, las que tú comparabas a mis mejillas, cuán fragantes las fresas de Salache que tú decías eran provocativas como un beso de tus hijos? Dime, papá, ¿la guerra ha destruido hasta los frutales?

–La guerra, porque se lleva los hortelanos, y también el verano, que no deja que maduren pronto las frutas. Pero ahora ya tenemos esperanza.

–¿Quién es la esperanza, papá?

–Una mujer muy hermosa que Dios nos envía desde el cielo, cuando estamos más pesarosos.

–Qué bueno es Dios. Que fuera mi amiga esa mujer.

–Ya pasó, hija mía, y por eso los campos comienzan a reverdecer y los árboles a llenarse de flores.

–¿Y quién hace reverdecer, papá?

–Dios, paloma mía.

–Y mientras los árboles vuelvan a dar las frutas que tanto me gustan, dime: ¿Dios no podrá

darnos hoy día, si no frutas, siquiera pan o una sopa de la Virgen?

–Sí nos dará –dijo la joven madre que, rodándole por las mejillas una lágrima como perla resbalada de un cofre, sorprendió a la niña en plática curiosa con el padre.

–¿Y cómo lo sabes? –preguntó Alberto, que venía asido de la diestra de su madre.

–¡Ay, hijo mío! Sabrás que el pobre, cuando está más hambriento, come hasta de gallina.

–¡Comer de gallina! –exclamaron los dos niños con inocente alegría.

–Sí, hijos. Han pasado ya tres días, y no hemos tomado cosa caliente. Tengo pena de vosotros. Ya estáis algo flaquillos, cuando el año anterior Lucía era una rosa y Alberto un clavel. Yo no quiero que se me sequen las flores de mi corazón. Os voy a dar un caldo.

–Pero, mamá, danos más bien eso que llamas tú sopa de la Virgen. Creo que, por ser de la Virgen, es tan sabrosa; y yo gusto mucho de ese potaje, aunque me llames «la Golosilla».

–Pero, luz de mis ojos, mejor te vendrá un caldo sustancioso de gallina.

–¿De qué gallina, mamá?

–De la única que tenemos. ¿Qué hacer, hijitos? Hoy muere la Cenizosa.

–¿La Cenizosa? Ni nos digas, mamá.

Y rompieron en llanto los niños, y tenían razón.

La Cenizosa era para ellos como hermana, y con ella se entretenían cogiéndola y estrujándola sucesivamente. La Cenizosa era mansa y apacible como una niña huérfana; se había criado con ellos y era un ser querido y hasta necesario en el hogar. Más bien polla que gallina formal, andábase contoneando por el huertecillo de la casa, y ostentaba un hermoso copete de azabache, desplegando a veces las alas de color ceniciento claro, nítidas y sin faltarles plumas.

La Cenizosa alegraba la casa con su alegre cacareo, y los niños acudían a ella, retozones y presurosos, cuando la oían escandalizar el huerto con la noticia de que dejaba un huevo

en el tasín[13]. Allí eran las inocentes disputas sobre la pertenencia del huevo.

–¡Este es mío!

–Mañana lo será.

–Yo que soy mujercita…

–Yo que soy un alhajito…

Al fin la litis se acababa por transacción propuesta por juez imparcial, ante quien se elevaba la querella.

El padre decidía que, pasado por agua, el huevo se dividiera entre los dos litigantes, sentencia que se llevaba a debido efecto con entero gusto y sumisión de las partes. Los niños prodigaban entonces a la Cenizosa las caricias posibles, dándole en las manecitas ahuecadas las migas sobrantes de la frugal y escasísima merienda, cuando la había.

---

[13] *Tasín*. Esta palabra podría muy bien aceptarse ya en el *Diccionario de la Real Academia Española*. El término *nido* es vago y genérico, mientras que *tasín* designa solo el *nido* de las gallinas hecho ex profeso por la mano del hombre, y no por las mismas aves, como acontece con los demás nidos (nota del autor).

El día de la escena que pintamos, la Cenizosa, como si hubiese adivinado su prematuro fin, se estuvo largas horas perdida. De súbito salió de entre unas retamas amarillas, cacareando con más escándalo que nunca, para avisar que había puesto el consabido huevo.

–Papá –dijo Alberto–, no matemos a la Cenizosa. La pobrecita nos da lo que tiene. Chupémonos el huevo, y esperemos a ver si la señora Consolación, nuestra buena amiga, nos manda un poco de pan o repite el regalo de esa sabrosa crema. Si después nos falta qué comer y no tenemos nada, mataremos a la Cenizosa, siempre que deje de poner, pues tú dices que los ociosos no sirven para maldita de Dios la cosa y que deben ser castigados, si no hacen algo de provecho.

–Yo –dijo medio llorosa Lucía– no quiero que muera la Cenizosa, ni ahora ni nunca, porque me da pena. ¡Pobrecita! ¿Qué motivo ha dado? ¿No dices, papá, que no se castiga a nadie sin causa alguna?

En ese instante la Cenizosa cacareaba con más gana.

–¿Oyes, mamá, lo que dice la Cenizosa? –replicó algún tanto alegre Lucía.

–¿Qué está diciendo, amor mío?

–Quiero que no me maten, quiero que no me maaten, quiero que no me maaaten.

–Pero, hija del alma, ya te veo desfallecer de pura debilidad.

–¡Cierto! Tengo hambre.

Y la niña se dejó caer sobre un desvencijado diván, como dalia que languidece y se apoya sobre un pedazo de pared derruida.

Tenía los labios secos, los negros ojos vivaces casi apagados, y con todo le latía el corazón de pena de la Cenizosa. Era corazón de mujer, y mujer niña.

Alberto, menos compasivo como más aguijoneado del hambre, consintió al fin en la muerte de la Cenizosa con la condición de no presenciar el degüello.

La suerte de la Cenizosa fue decretada. La madre vertió algunas lágrimas; privaba a sus hijos de un entretenimiento; habría un individuo

menos en la casa, y el huerto iba a quedar silencioso y un nido desocupado. Siempre da pena de los nidos vacíos y de las cunas sin niños.

Habían pasado cinco horas. Alrededor de pobre mesa estaban sentados los cuatro personajes del hogar menesteroso. El sol descendía tras de los Andes, enviando sus últimos rayos sobre la frente del padre de familia que con sonrisa ocultaba su pesar, aunque a veces con disimulo alzaba la siniestra para apretarse el corazón. Queriendo distraer a sus hijos del recuerdo de la Cenizosa, les contaba el cuento de las altas torres, doradas y blanqueadas, y les entretenía con las anécdotas de Simbad, el marino.

Entretanto, se sirvió el caldo, que exhalaba apetitoso vaho, como diciendo: «Bébanme».

–Ya veis, vidas mías –dijo la madre–. ¿No os anuncié que el pobre en el día de mayor hambre come de gallina?

–¿Y no nos prometiste también pan? –repuso Alberto.

–Todo estaría completo –exclamó Lucía.

Al mismo tiempo asomaba por la puerta la criada de la señora Consolación, trayendo en una fuente, bajo blanquísimo paño, algo que despertó la apetitosa curiosidad de los muchachos. Eran dos grandes *costras* de Ambato; semejaba la primera un gracioso marranillo en actitud de morder, y la segunda tenía la figura de una tórtola dorada. Era regalo del niño Carlitos a la niña Lucía y de la niña Rosita al niño Albertito, cuatro amigos que se visitaban con frecuencia y se querían mucho, habiendo ternura y gratitud en los niños pobres, generosidad y benevolencia en los niños ricos.

La criada, al entregar el regalo, con desdeñosa gravedad echó una mirada escudriñadora, y se marchó.

–¡Oh! –dijo el padre de los niños pobres–, conque tenemos ya aves y animales en casa. Ya hay para la sopa de la Virgen. Bendecido sea Dios. Hemos festejado bien a la Cenizosa.

Los niños, aunque todavía medio tristes, devoraban las tostadas alas de la Cenizosa, y se comían a su propia compañera.

Satisficieron el hambre y se durmieron después de haber rezado el *A ti, Señor, elevamos* y dicho más de cien veces: «¡Qué buena es la señora Consolación!».

La madre de los niños ricos estaba también en abundante y opulenta mesa, cuando regresó la criada.

–¿Dejaste ya el pan a esa pobre familia? Quién sabe si para ellos les servirá de almuerzo, comida y cena.

–¿Su Mercé les cree pobres?

–¿Que no son pobres? ¡Pobrísimos!

–Ja, ja… Su Mercé es muy buena y la engaña su piadoso corazón.

–¿Por qué dices así?

–Porque no son los pobres que su Mercé piensa. ¡Han estado comiendo de boda, de gallina!

–¡Hola!

–Como me oye su Mercé. Otros sí que son pobres, los que mendigan y tienen harapos.

–¿Es indispensable tener harapos para recibir limosna? –preguntó Carlos–. ¿No descubrimos que esa jovencita del otro día, aunque estaba aseadita y

con traje nuevo, no había probado comida desde la víspera, y tú le diste un canastillo de maíz?

–Cierto, hijo mío; pero esa vino a pedir, y en la cara le conocí la necesidad, mientras que los padres de Lucía no piden, y yo alivio sus necesidades como adivinando. Ya no seré tan dadivosa con ellos.

–Y dime, mamá, ¿los pobres no pueden comer de gallina? –dijo el muchacho, engullándose un pastel de la Cope.

–Cuando les regalen; pero estos creo que no son tan pobres.

–Pero, mamá –concluyó Rosita–, ¿quién sabe si esos pobrecitos se han comido, por fuerza, la única gallina que tenían? Una les conozco yo, y apostara que Lucía está llorando por su Cenizosa.

Quintiliano Sánchez (1848-1925). Nació en Quito. Poeta, escritor y traductor del latín. En 1878 fue miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, de la cual fue director (1901). Publicó *Amar con desobediencia* (1905), obra en la que novela las costumbres de la época; y tradujo el *Tratado de la vejez* (1907), de Cicerón, entre otras obras latinas.

«La gallina cenizosa» fue tomado de *Los mejores cuentos ecuatorianos*. Compilados y seleccionados por Inés y Eulalia Barrera Barrera. Quito, Empresa Editora *El Comercio*, 1948. pp. 61-66. (Biblioteca Ecuatoriana de *Últimas Noticias*).

Recuerdos del convento

Luis A. Martínez

Hace algunos años, Benvenuto publicó un donoso librito: *Los dominicos italianos en el Ecuador*[14]. En uno de sus capítulos, describía diestramente picantes escenas en las que eran actores los antiguos dominicos nacionales. El cuadro es una pequeña obra de arte, y maldito yo, si pretendo retocarlo. Quédese aquello para

[14] Libro publicado en 1897 por Manuel J. Calle, polemista y panfletario, uno de cuyos seudónimos era Benvenuto. *Los Dominicos italianos en la República del Sagrado Corazón*. Quito. Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.

algún embadurnador que se mete a corregir un paisaje de Salas[15], o un cuadrito de género de Pinto[16]. Mi intención es muy otra: describir escenas parecidas, de las que fui espectador y a veces actor, ahora medio siglo, en uno de los conventos de Quito.

Muchos aseguran que las costumbres han cambiado en los modernos tiempos. Si esto es verdad, alégrense los timoratos y moralistas, pero lloren a mares los aficionados a historias picantes y a cuadros de rico y variado colorido, de que eran emporio los antiguos conventos quiteños.

El principio de mis recuerdos avanza hasta 1850. Tenía entonces el humilde servidor de ustedes veinte años; salud perfecta; rostro, según alguien aseguraba, simpático; carácter travieso. Y, para aquella edad y para esos tiempos, era un tanto despreocupado en asuntos

[15] Antonio Salas (1784-1860). Pintor ecuatoriano de la época independentista. Realizó obras religiosas, de constumbres y retratos.

[16] Joaquín Pinto (1842-1906). Artista ecuatoriano, destacado por ser de los pocos pintores románticos. Practicó desde el boceto hasta la policromía y el grabado.

religiosos. Creo que en algún capítulo de mis deshilvanadas memorias he contado algunas aventuras que antecedieron a mi conversión y toma de hábito. Antaño, los jóvenes éramos propensos a esas conversiones repentinas. Un sermón de algún predicador de fama bastaba frecuentemente para que seis u ocho libertinos echaran a pasear los tres enemigos del alma y tomaran el hábito. Amores contrariados hacían también desertar algún prójimo de las huestes de Satanás. La falta de pesos, y la dificultad de obtenerlos, producía abundantes hornadas de franciscanos, dominicos, agustinos, etc., todo producto nacional, pues aún no nos venían los cargamentos de Italia y España.

Antes de la invasión extranjera, ¡qué pena tengo al recordarlo!, fue la edad de oro para los frailes. Las haciendas nos producían pingües rentas en plata y oro; venía de las mismas lo necesario para la despensa, en forma de quesos amasados, gallinas y pavos, huevos, vacas gordas y frutas exquisitas. El rico moscatel o el málaga oloroso llegaban de Europa herejes,

y nunca hubo ni tiempo ni intención de bautizarlos. El chocolate se elaboraba con el mejor cacao de la Costa, bien sazonado con canela y vainilla, corriendo con todas las operaciones de la fabricación las monjitas del Carmen Alto, maestras también en preparar el manjar blanco o el mejido y mil otras exquisitas golosinas.

La cocina de nuestro convento gozaba de merecida fama en la ciudad. El *ají de queso* con aguacates y lechugas, y los tamales que preparaban en ella, se presentaban aun en las mesas más aristocráticas. Cada fiesta de la iglesia tenía su especial potaje: *chigüiles* en Ramos, *fanesca* en Semana Santa, *tamales* en Pascua, *champús* en Corpus, *mazamorra morada* en Finados y *buñuelos* en Navidad eran de rigor, y nunca hubo ejemplo de que una sola vez se rompiera la tradición. Todos los platos enumerados eran hechos en cantidad prodigiosa, para obsequiar con ellos a las monjitas, al síndico del convento, a las familias de todos los frailes, a los conocidos… a media ciudad. A veces, los guisos de nuestra cocina eran honrados

en las mesas del Presidente de la República y del Arzobispo.

Nos sobraba dinero. Cada fraile o corista recibía una mensualidad nada despreciable para sus gastos particulares. Además, las alacenas de cada celda estaban provistas de vino, cigarros y sabrosas golosinas. Nunca mandábamos ni un centavo a las *casas madres*, ni aun sabíamos de su existencia en alguna parte del mundo; menos aún gastábamos en revoluciones y otras peligrosas aventuras.

Libertad, la teníamos casi absoluta. Las reglas eran muy suaves y tolerantes, los deberes casi nulos. Recibíamos amigos en nuestras celdas, con ellos triscábamos alegremente, corría el vino, fumábamos y, de vez en cuando, tirábamos la pinta[17]. Visitábamos cuando nos daba la gana a nuestras numerosas relaciones; a veces dormíamos fuera del convento y asistíamos a tertulias y bailes. Éramos mimados por las familias aristocráticas, y adorados por las de las clase media y del pueblo. En las celdas guardábamos con

[17] Modismo que significa «pavonearse».

cuidado nuestros vestidos de civiles, pues algunas noches nos *ranclábamos* los más alegres, para ir a *tunitas* de arroz quebrado, llevando en los bolsillos botellas de vino de consagrar y vihuela o bandolín, pues algunos frailes o coristas eran diestros tañidores.

Las fiestas de Navidad eran muy concurridas en nuestra iglesia, porque allí cantábamos los llamados villancicos, costumbre, como otras, que han abolido los reformadores. Los versos eran muy salados, y un tanto libres, y se alternaban entre los frailes del coro y el pueblo, imitando el canto del gallo. Recuerdo que decían:

Frailes: Hay unas viejas…
Pueblo: …achucharradas.

F.: Que andan diciendo…
P.: …que están preñadas.

F.: Hay unos frailes…
P.: …muy presumidos.

F.: Están creyendo…

P.: …que son partido, etc.

La iglesia era una batahola, mezcla de gritos, música, cantos de gallo y risas.

A mi memoria vienen infinitos recuerdos, a través de tantos años, y quiero que algunos, un tanto picantes, pasen a la posteridad, porque si yo no los cuento, el olvido los borrará muy pronto.

En las cercanías del convento, vivían unas chiquillas alegres, saladas y buenas mozas, a quienes llamábamos *las Paspitas*, bautizadas así, sin duda, por ser tan apetitosas como sus homónimos de harina y manteca. Nuestras frecuentes escapatorias nocturnas tenían por norte esa casa. ¡Qué lindas noches pasábamos allí! ¡Qué locuras las que hacían a porfía padres y coristas! Bailábamos y cantábamos hasta perder el aliento; el vino dulce y la mistela corrían en abundancia; los requiebros y palabras de doble sentido estallaban como un paquete de cohetes. Los besos y abrazos eran moneda de buena ley. Había escenas de celos en las cuales

se apagaban las velas, volaban las botellas a guisa de proyectiles, rodaban los muebles con estruendo. Los «Cálmese, su reverencia», «Ah, diablo, ya me rompieron la cabeza», «Cuidado con la vihuela», y otras frases, se oían en la oscuridad, hasta que alguien encendía con mil trabajos una pajuela y luego una vela, y alumbraba el campo de batalla. Caras congestionadas, alguna vez manchadas de sangre; un borracho caído como muerto bajo una mesa volteada; trajes rotos, sombreros hundidos, y *las Paspitas*, rojas, con los ojos brillantes, ebrias, junto a los vencedores. Casi al amanecer salíamos de la tuna para entrar al convento por un portillo de una pared de la huerta, lo que hacíamos no sin trabajo, por la altura que había de escalarse y la embriaguez que frecuentemente traíamos.

Una noche de aquellas, para desgracia nuestra, había en la huerta un novillo bravísimo que la víspera lo habían traído de la hacienda para degollarlo. Con gran lujo de precauciones, lo habían atado a un árbol, pero el diablo, o algún travieso o envidioso, lo soltó. Vernos en la huerta

y arremeter al grupo de trasnochadores fue obra de un segundo. Nada hábiles en la tauromaquia, y achispados más que de costumbre, poco o nada hicimos para defendernos. Aventones, carreras, nube de polvo, he ahí la escena en dos rasgos. Estando en lo mejor de la brega, un corista, que huyendo de la fiera habíase nuevamente subido al portillo, bajose diciendo a media voz:

–¡El prior…, el prior!

–¿Por dónde?

–Viene por la calle… ya está cerca del portillo… escondámonos.

Mientras tanto, casi todos los molidos coristas habían podido entrar al convento. Dos no pudimos hacerlo; el que había dado la voz de alerta y yo. La noche era de luna muy clara, y en vano buscábamos un sitio que nos ocultara del prior y del toro. Pusímonos boca abajo en la sombra de una raquítica mata de rosas, y esperamos conteniendo el aliento.

Con mucha dificultad subiose sin duda el prior al elevado portillo, pues oímos hasta nuestro escondite su jadeante respiración, sus

pujos, el derrumbe de cascotes, hasta que coronó la pared, lanzando un «uyyy…» prolongado. La luna lo iluminaba de lleno y pudimos verlo vestido de civil, terciada una amplia capa española, sombrejo de Jipijapa de anchas alas que le sombreaba el rostro, y llevando una vihuela en la mano.

Como persona acostumbrada y conocedora del sitio, saltó con entera confianza al suelo, haciendo sonar, con el *cimbrón* de la caída, las cuerdas de la vihuela. En la mitad de la huerta encontrábase entonando a media voz una cancioncilla entonces en boga:

Estábame cierta noche
recostado en su regazo…

cuando el novillo, que no entendía de dulces regazos, salió de unas matas, y lanzose contra el prior. Por un verdadero milagro, el primer aventón lo sorteó con la vihuela, que se hizo mil pedazos, lanzando en los aires su postrer

gemido; en la segunda arremetida, ya fue el mismo prior el arrojado al suelo, después de hacer dos piruetas a regular altura. Aprovechando el apuro del prior y la faena del toro, nos escabullimos silenciosamente los que estábamos ocultos, y pudimos ganar la puerta de ingreso al convento. Allí, viéndonos seguros, quisimos presenciar el final de la tragicomedia del malaventurado superior nuestro. La furiosa bestia, viendo que no se movía el bulto a quien atropellaba bajo sus pezuñas, apartose poco a poco, hasta desaparecer entre las matas de donde había salido. Levantó por fin la cabeza el golpeado fraile, cerciorándose de la ausencia del bicho, emprendió en cuatro pies la más ágil carrera que hizo en su vida, abandonando en el campo de batalla la capa, el sombrero y la despedazada vihuela, prendas que, al ser encontradas al día siguiente por el lego jardinero, dieron lugar a mil chistosos comentarios de toda la comunidad.

Cuando había una fiesta solemne, verbigracia el santo de nuestra advocación, pascuas, días

del prior, etc,. a más de la función religiosa de ley, se festejaba también con corridas de toros, las que tenían lugar en el espacioso patio del convento, con asistencia de muchas familias de la ciudad. Se consumían entonces increíbles cantidades de chicha dulce y anisado, y no era raro que un lego o un novicio se llevaran los aplausos de la concurrencia, por la destreza en el arte del toreo. Por la tardecita había gran banquete, con asistencia del empingorotado señorío de Quito. El lego cocinero excedíase entonces en la larga lista de treinta platos, que era engullida con visible satisfacción por los convidados. Cuatro o seis barriles de Málaga desaparecían en pocos minutos, alegrando la reunión, en la que los hábitos y las levitas se confundían amistosamente. Sin embargo, una ocasión, el prior se sulfuró, yo no sé por qué, contra un canónigo, y viendo que los proyectiles lanzados por la lengua no hacían mella en la cachazuda ánima de su contrincante, cogió por las patas un rico pavo relleno que destilaba manteca, y lo lanzó con fuerza de catapulta contra la redonda cara del canónigo. Después de aplastar la nariz del

cuitado, el proyectil se dividió como una bomba, y los pedazos alcanzaron a echar a perder más de cuatro ternos flamantes de los currutacos. Pero este fue un escándalo que felizmente no fue repetido nunca más; pues siempre había en los banquetes del convento mucha cordialidad, circulando bromas más o menos cargadas de color, sin que nadie pensara en tener berrinche.

–Padre López, ayer vi a la Mariquita, está bien buenamoza. ¡Cómo le envidio, picarón!

–Padrecito Muñoz, ¿cuándo se casa la Melchora? He oído que ya usted no la quiere como a hija de confesión.

–Dígame, padre Rafael, ¿dizque se van los chiquillos a Guayaquil?

–Hermano Pedro, ¿ha visto a *las Paspitas*? ¿Es verdad que la una…? Usted me entiende, bribonazo.

Los interpelados contestaban sin inmutarse, y como Dios les daba a entender, en medio de las risas y *quid pro quo*[18] de los comensales.

[18] Locución latina que se refiere a la sustitución de una cosa por otra. Se la suele confundir, como en este caso, con la locución *do ut des*, 'doy para que me des', que implica reciprocidad en el trato.

Bien entrada la noche, terminaba el bodorrio, y con todo, después del inmenso consumo, salían las sobras para nuestras familias.

Una vez al año, parte de los frailes y coristas iban a pasar una temporada de campo en una de las haciendas del convento. En esa misma época se hacía el rodeo general y se herraba al abundante ganado de cuernos que pastaba las dehesas[19].

La casa, no sé si aún exista, era enorme; el patio era, por su tamaño, una verdadera plaza de armas, rodeado por los cuatro lados de cuerpos de edificio. Muchas personas de la ciudad iban convidadas a presenciar el rodeo; y de los pueblecitos y haciendas del lugar, venían infinitos chagras y convidados. Se establecían *chinganas*, para preparar comida y vender aguardiente.

Llapingachos, tortillas y melcochas circulaban por entre el aglomerado gentío, pues en esos días, más que menos, había mil personas

[19] Tierras generalmente cercadas y destinadas a pastos.

en la hacienda. Las comilonas y los paseos a correr venados en el páramo entretenían varios días a los frailes y seglares; además, todas las tardes se jugaban novillos en el patio, en medio del cual se levantaba, sobre alto zócalo, una gran cruz de piedra; refugio la cruz, esta vez, no solo de pecadores, sino de toreros acosados del toro. Por la noche la chacota era general. Se cantaba y bailaba a veces, jugábamos juegos de prendas y terminaba la velada con sendas tazas de chocolate, aquel de las monjitas, bien sopeado de queso amasado y pan de huevo. Después, a dormir, repartidos los invitados y frailes en los múltiples cuartos de la gran casa.

Una de esas noches, más o menos a las doce, sentí que mi compañero de habitación, un corista que no profesó, se levantaba con mucha cautela, haciendo el menor ruido posible.

–¿Dónde vas? ¿Qué necesitas? ¿Estás mal del estómago?

–¡Chit! No necesito nada… pero no hables muy alto, quiero salir.

–¿Salir? ¿Y para qué? –dije bajando la voz.

–Pues sabrás… pero no vayas a *descolgarme* mañana.

–No, hombre de Dios… no… ¿a qué?

–Pues la hija del mayordomo, esa chica tan simpática, me citó para esta hora, y para el cuartito del otro lado del patio, y ya ves, no es cosa de despreciar.

–Claro está… pero vístete pronto.

–Vestirme… ¿para qué perder tiempo? Me voy así.

–¿Y el frío?

–No hay frío que valga.

–¿Si te ven…?

–No hay miedo. El chagra mayordomo está más borracho que el aguardiente, pues antes de venir a dormir le di media botella de anisado.

–Bueno, pues, lárgate, bribón, y tengas buena suerte.

Fuese, pues, en paños menores, apenas cobijado por una sutil sobrecama, y yo quedé, lo confieso, con alguna envidia; pero el sueño me venció al fin, y dormime como marmota. No sé cuánto rato estaría en

ese beatífico sueño, cuando despertome el estruendo del más formidable aguacero que ver se puede en esas altas regiones. Aclaraba entonces un poquito, y oí en el patio silbidos, gritos, carreras. Corro a la puerta, la abro y ¿qué veo? Al pícaro corista, casi exánime sobre el zócalo de la cruz, y al pie un formidable toro negro, al que habían capeado la víspera, haciendo frente a cuatro o cinco indios que lo querían separar de ese sitio, para poder así auxiliar al sitiado galán. Largo rato se *amatreró*[20] el toro, hasta que le echaron una jauría de galgos, y salió del patio. Corrí entonces donde mi amigo, y le encontré amoratado, temblando de frío, casi helado, con la sutil ropa chorreando agua, y casi sin palabra. Con dificultad pudo ponerse de pie y acompañarme al cuarto.

–¡Ay!, *amumío*, ¿qué le ha pasado al padrecito? –dijeron unas cholas que salían ese rato.

–Ya ven –decía yo a los curiosos–, lo que es la porfía. Se le indigestó la comida y salió afuera, por

[20] De la palabra *matrero*: toro mañoso que esquiva el trapo con que se lo invita y trata de embestir al torero.

más que le decía: «Hombre, haz uso del *servidor*».

Con esa mentira arreglé el asunto, aparentemente a lo menos. No sé si los frailes creyeron o no en esa indigestión. Yo, en verdad, me alegraba de lo sucedido. ¿Por qué? No lo sé.

En el cuarto ya, y reaccionado un tanto el helado, merced a fuertes friegas con ortiga y a un vaso de vino caliente, preguntele:

–¿Qué es lo que ha pasado? Yo que te hacía en otra parte… ¿Cómo fue la aventura?

–¡Cómo fue! ¡Qué pregunta la tuya! Figúrate que apenas descendía al patio, me persiguió el toro, que yo no sé por qué estaba allí. Corrí como un venado, pero ya sentía la respiración del maldito en la espalda, cuando pude subir, no sé cómo, a la cruz. Principió a poco a llover, y moverse el toro de allí, imposible. Tres veces intenté burlarle, pero me cargó con tanta gana, que hube de renunciar a ello. Mi esperanza era que al fin se cansara y se fuera; pero caminaba tres o cuatro pasos, y regresaba nuevamente furioso. Quise gritar, mas el aguacero me helaba por momentos, y luego… la vergüenza

de que me vieran en esa ridícula posición. Si tarda un cuarto de hora más en retirarse el maldito, me muero… ¿Qué diría la cholita…? ¡Caray...!

Poco tiempo después me ordenaron. Gané en gordura y consideración pública. Tuve una época en la que me consideraban como un sustituto del célebre Salcedo[21]; la prosperidad me trataba como su hijo mimado. Pero nada dura en este mundo perecedero… Vino García Moreno[22], y sin más ni más, un día me hizo apresar, y, en junta de tres o cuatro frailes más, me desterró al Napo.

---

[21] Se refiere seguramente al sacerdote Manuel Antonio Salcedo y Legorburú, quién sobresalía por su oratoria y, en 1919, daría nombre al cantón Salcedo, provincia de Cotopaxi, Ecuador.

[22] Gabriel García Moreno (1821-1875). Dos veces Presidente Constitucional de la República del Ecuador por el partido conservador, fue conocida su severidad con la liberalidad del pueblo.

Luis A. Martínez (1868-1909). Nació en Ambato. Escritor, pintor y político de marcada tendencia liberal. En el ámbito literario, es considerado el iniciador del realismo en el país. Publicó *Disparates y caricaturas* (1903) y *A la Costa* (1904), inicio de la novela moderna en el Ecuador.

«Recuerdos del convento» fue tomado de *Disparates y caricaturas*. Con ilustraciones de J. L. M. I. Ambato, Imprenta y Litografía de Salvador R. Porras, 1903. pp. 97-110.

La Maruca

Carlos Manuel Tobar y Borgoño

Piedra de escándalo en el pueblo, esa mujerzuela regordeta, colorada, y de mirar suave y aterciopelado, era vista con asco por la gente que hacía gala de mucho estimarse.

¿De dónde vino? ¿Cómo fue que sentó sus reales en Saparroso? Nadie pudo asegurarlo a punto fijo: un día asomó en el pueblo y siguió viviendo en él como si de antes lo conociera, aunque parecía que hubiese puesto todo su empeño en no relacionarse con ninguna amiga.

Mucho se murmuró al principio acerca de aquella desconocida; pero luego las gentes se acostumbraron a verla entre ellas y a pesar de que nadie ignoraba cuáles eran las costumbres de la Maruca, ya no les cogía de nuevo la vida que llevaba esa mala mujer.

Lo más granado de los mozos del pueblo y aun los hombres maduros, se decía, iban a visitarla en la casucha que Juan Palos, el usurero y el avaro, le arrendó por un precio fabuloso y que hacía morir de envidia a los otros propietarios de casas de la región.

¡Pobre Maruca! Su modo de ser era, sin embargo, muy singular: nunca, nadie, la vio sonreír, y como que se daba cabal cuenta de su vergüenza, jamás alzó los ojos ante las honradas, ni usó de aquel aire de desafío que parece característico en las que y en los que han hecho caso omiso de la moral y del qué dirán.

¿Qué si iba a la iglesia? La tía Juana codeó un día a sus vecinas y con gestos de mucho escándalo y santa indignación, mostroles a la Maruca, que detrás de una columna y ocultándose bajo

el manto, con aires de quien hubiese invadido furtivamente un lugar prohibido, pasaba entre sus finos dedos de señorita un rosario de nácar, un rosario de cuentas blancas y brillantes, con reflejos de luz, como jamás ellas, las campesinas, habían visto.

Y el monaguillo denunció otro día al cura y contó a la ama de llaves del presbiterio, que no se mordió la lengua para publicarlo, cómo había visto que la Maruca puso una a la manera de medalla amarilla y brillante en el cepo de los huérfanos; denuncio que fue confirmado cuando, por la tarde, se extrajo del cepillo una moneda de oro, la única que desde la fundación de la casa había caído allí, y que, a pesar de las ganas que tuvo el señor cura de devolverla a la pecadora, no se atrevió a hacerlo, porque, como dijo a la tía Juana, sería ofender más y echar vergüenza a la cara de la mujerzuela, y… además, porque esa moneda significaba mucho pan y buena leña para los pobrecicos huérfanos.

Mientras tanto, allá, al atardecer, se veía acudir a los mozos del pueblo, y aun a hombres

maduros, en dirección a la casucha del tío Juan Palos… «¡Vaya una hipócrita, hija de Satanás y mala por sus cuatro costados!», exclamaban, entonces, santiguándose, las comadres del villorrio y los viejos a quienes las reumas impedían subir la cuesta de la casa de la Maruca.

¿Se llamaba siquiera Maruca? ¡Quía!, nadie lo sabía; el tío Juan, al arrendarle la casa, le exigió pusiese su firma al pie de un documento –pues, ¡vaya!, por algo sería él ducho en negocios–, y ella puso por debajo de lo escrito unas como letras que descifraron entre el alcalde, el juez y el maestro de la escuela, quienes declararon leer «Maruca», y como no había motivo para darla otro nombre, Maruca la llamaron y de Maruca se quedó, sin que ella, ni nadie, protestara; y mejor estaba así, que tampoco le hacía falta otro nombre para echar escarnio encima, como solía decir el señor cura.

La noche, víspera de San Pedro, los viejos reunidos en la plaza veían arder las tradicionales fogatas, mientras los chicos se metían entre las llamas a riesgo de quemarse y

saltaban como diablillos por encima de las hogueras en los precisos momentos en que más alto se levantaban las lenguas de fuego. Los mozos, en cambio, buscaban los rincones para cuchichear con sus enamoradas, en tanto que las viejas murmuraban entre ellas y comentaban los precios de las hortalizas y la producción de la leche. Solo la Maruca faltaba ahí para que el pueblo estuviese completo en la plaza; pero, ¡qué!, si estaba completo, si todo él estaba ahí: ¿acaso la Maruca se contaba por nadie?

El pueblo parecía muerto; las diez de la noche habían sonado, y hacía ya una buena hora que las gentes se habían retirado a sus casas; apenas si quedaban tres o cuatro amigos de Leonardo, el tabernero, haciéndole tertulia más que consumiendo algunas copas.

En cambio el huracán, el terrible enemigo de Saparroso, gemía con furia, produciendo rugidos, lanzando gritos extraños y misteriosos lamentos al romperse en los tejados y filtrarse por las hendeduras de puertas y ventanas.

Una que otra hoguera, en la plaza, despedía aún un tenue humillo, que el viento arrastraba y deshacía, en medio de las tinieblas.

De pronto el tañido de la campana grande del templo sonó descompasada, en angustioso arrebato, y el viento, al transmitir a los cuatro ámbitos del poblado la voz de alarma, despertó a los que ya dormían y echó a la calle a todo el mundo.

Una hoguera inmensa, que el huracán daba formas extrañas y gigantescas, aclaraba todo el horizonte; había ocurrido algo que nadie previó: una fogata mal apagada se avivó con el vendaval y una chispa, arrastrada por el viento, fue a prender fuego a la casa de los huérfanos, aquella misma casa para la cual la Maruca, días antes, dejó una moneda de oro en el cepillo de la iglesia.

Cubos de agua, hachas, cuantos esfuerzos se hicieron para contener el incendio, todo fue inútil.

El padre Rodrigo, el que había criado la casa, el que la fundó luchando contra toda clase de obstáculos, se retiró al sitio más apartado de la plaza para llorar como un niño. Allá fue a

buscarle la tía Juana, la tía Juana que le aconsejó devolver la moneda a la Maruca, allá fue a dar con él para decirle:

–El dinero maldito, señor cura; es el oro de la Maruca que Dios rechaza…

–¡Cállate, mujer! ¿Y quién podrá arrojar la primera piedra?

***

Un grito de indefinible espanto se trasmitió entre la multitud: faltaban los dos huerfanitos más tiernos, los dos gemelos de la pobre Aurora, muerta ocho días antes; las dos criaturas debían estar adentro, quizá vivas aún…

Diez mozos se adelantaron resueltos; pero el calor era tal que retrocedieron de prisa.

Todos se miraron con angustia, pero ninguno volvió a avanzar; todos esperaban que otro fuese el valiente y el salvador.

De pronto una mujer, una sola, se acercó al fuego y se metió entre las llamas, mientras el recogimiento, nacido del estupor por acto tan

audaz, hacía que todos callasen y que con las miradas fijas en la llama esperasen algo que parecía imposible, la aparición de la salvadora.

Dos minutos después, una salva de aplausos se sobrepuso al bramar del huracán y al crujido del incendio: la valerosa mujer acababa de asomarse al balcón con los niños en los brazos; un instante más tarde los mozos recibían uno de los huerfanitos; cuando se disponían a recoger el otro, un ruido de torrente que se despeña vino a hacer huir a los de abajo: el balcón se había desplomado y hundido entre un burbujear de chispas y llamas, llevándose consigo a la Maruca y al chiquillo.

Maruca, la pobre Maruca, la piedra de escándalo del pueblo, se había reivindicado; hasta la tía Juana enjugó una lágrima y fue a rezar un padrenuestro ante el humilde cajón de pino que en su fondo contenía unos cuantos huesos carbonizados. Eran ellos todo lo que de la Maruca quedaba.

El señor cura, el bueno del padre Rodrigo, no lloró; cuando salió del cementerio, de depositar

en suelo bendito los huesos de la pecadora, se acercó a la tía Juana, y muy despacio, con voz ronca de profunda emoción, le dijo grave:

–¡Felices aquellos que mucho han amado, porque sus pecados les serán perdonados!

Carlos Manuel Tobar y Borgoño (1883-1923). Nació en Quito. Abogado internacionalista, ingeniero, historiador y escritor. Fue Ministro de Relaciones Exteriores (1916) y rector de la Universidad Central del Ecuador (1919). Su gusto por las letras lo especializó en la escritura de tradiciones: *La casa del aparecido* y *Por si dijo Evilla o hebilla, llavazos de consecuencia* (1905); y el tratado *El asilo interno frente al Derecho International* (1911), entre otros.

«La Maruca» fue tomado de *Los mejores cuentos ecuatorianos*. Compilados y seleccionados por Inés y Eulalia Barrera Barrera. Quito, Empresa Editora *El Comercio*, 1948. pp. 240-243. (Biblioteca Ecuatoriana de *Últimas Noticias*).

Ladrón que roba a ladrón...

José Gabriel Pino Roca

No recuerdo si fue viejo o vieja, archivos ambulantes a los que yo someto a un inmisericordioso interrogatorio cada vez que puedo y se dejan, quien me contó la singular hazaña que ahora traslado al papel, llevada a cabo por el famoso bandido Miramelaseña, individuo cuya existencia imposible en nuestra época es un hecho histórico, y el que, hasta los días de nuestros abuelos, que en gloria estén, preocupó más la atención pública en la jurisdicción de Guayaquil que

el general Flores, don Vicente Rocafuerte o el obispo Garaicoa.

Perdóneseme la mala memoria teniendo en cuenta que hace veinte navidades era solo regular y… ¡*vamos andando*!

***

A pesar de ser público en la ciudad el negocio a que se dedicaba, nadie habría podido probar satisfactoriamente al capitalista don *** que este fuera el de la usura. ¡No habría faltado más, que hombre tan grande y de conciencia tan severa, puesto que confesaba y comulgaba semanalmente, se hubiera puesto a prestar dinero al interés mensual de real en peso, como era válido y lo hacían el Dr. *** y el comerciante ***! ¡Qué pecado tan feo, y qué falta de amor al prójimo!

No, señor, su negocio era *limpio y honrado* y, por añadidura, *beneficioso* a los pequeños agricultores, siempre escasos de dinero para sus labores anuales.

–¡Que no hay, entre tanta gente acaudalada como existe en este vecindario –solía decirles–, quien se preste a anticiparles algún dinero para que puedan ustedes hacer sus cosechaduras! ¡Parece increíble! Bien, yo deseo ayudarles, amiguitos míos, con lo poco que pueda… Solo que es natural que ustedes correspondan a mi generosidad… Verán, yo no les cobro interés alguno por la platita que les presto por uno o dos meses haciendo algún sacrificio; pero ustedes, en cambio, me firmen una obligacioncita en toda forma por una cuarta parte más de lo que les doy, comprometiéndose a pagar con el producto de las primeras cargas que bajen a la ciudad.

»¡Ea, hombre, no haga usted tanto gesto por tan poca cosa, que es justo que yo también obtenga alguna utilidad del negocio, y peor fuera que se les perdiera a ustedes todo el cacao de las matas! Y es así, calcule usted bien su producción porque, donde usted no pueda pagarme, le embargo la finca y lo hago meter de soldado, pues ya sabe usted que el Comandante de Armas y el señor Intendente son mis dos mejores amigos.

Los pobres montuvios no conocían otro camino para sus necesidades que el de la casa de don ***.

***

Dormía a pierna suelta nuestro buen prestamista en una de las últimas piezas del cañón de la casa que ocupaba, calle del Peso Viejo, cuando repentinamente despertó sobresaltado, sintiendo que remecían fuertemente la cama de metal. Al abrir los ojos, se quedó mudo de espanto, petrificado de terror. Tenía dos hombres por delante que le ponían al pecho afilados y relucientes puñales. La claridad que difundía en la pieza la luz de un farol colgante del tumbado le dejó ver que en una reja que daba sobre el traspatio de la casa vecina se habían limado algunas varillas y que de otras pendía una escalera de cuerda, por donde se habían descolgado a la pieza los nocturnos visitantes. Algo repuesto de la primera impresión, pudo reconocer en uno de los sujetos al famoso Miramelaseña, a quien

había visto en varias ocasiones en uno de los calabozos de la cárcel pública, de donde se escapara algunas veces.

–No se asuste, mi caballero –le dijo este–, que no le pasará a usted nada, como no grite. Solo he venido por que arreglemos un pequeño negocio. Sé que en esa cómoda guarda usted unos cinco mil pesos que ha cobrado usted hoy a uno de mis amigos de Vinces en lugar de cuatro mil que le prestó hace un mes y… como usted es hombre honrado, y eso de robar no reza con usted y sí conmigo, vengan esos mil pesos sin más demora, que me están haciendo mucha falta, pues en estos últimos días he andado muy desgraciado en las operaciones. No me replique, porque yo no soy hombre de leyes y ya se nos viene encima la mañana. Oiga usted cómo el sereno de la esquina está cantando las cuatro.

Hecho un azogue[23] se levantó del lecho el honorable don ***, se encaminó vacilante a la cómoda, la abrió y entregó los mil pesos

[23] Locución verbal que significa «muy inquieto».

requeridos al famoso bandido, quien, después de haberlos condicionado convenientemente en una alforja que llevaba su compañero para el efecto, continuó:

–Mire, don ***, contemple bien esta pistola que de seguro me habría regalado un veterano de la Independencia si hubiera estado presente cuando la tomé de su cuarto. Si mientras trepamos por esa escalera y nos volvemos sanos y salvos por donde hemos venido hace usted el menor movimiento para pedir auxilio, por mi madre de Mercedes que le clavo a usted dos balas en el cuerpo. Conque muy buenos días, señor usurero, y no vaya usted a la Policía a poner alguna queja, que el Intendente es hombre de bien y se expone usted a que le conteste que ladrón que roba a ladrón tiene mil días de perdón.

El desgraciado, no pudiendo resistir tantas impresiones, había caído al suelo desmayado.

Cuando volvió en sí habían desaparecido los asaltantes y la escalera de cuerdas que pendía de la reja.

***

Curioso lector: Si interesas conocer algo más de la pícara vida de esta funesta celebridad, te remito a la lectura de la amenísima y bien trazada novelita de mi ilustrado conterráneo, Manuel Gallegos Naranjo, tanto o más instruida que yo en las crónicas locales, intitulada *Celebridades malditas*. En ella verás si Manuel Ramírez, alias Miramelaseña, no fue verdaderamente, por su valor temerario, su originalidad, su asombrosa habilidad de manos y pies, sus aventuras amorosas y ciertos arranques de nobleza, sujeto digno de la fama que en su época tuviera y que aún ha alcanzado a morder en nuestros prosaicos días.

José Gabriel Pino Roca (1875-1931). Nació en Guayaquil. Historiador y políglota, especializado en latín, griego, alemán, francés, inglés y castellano. Desempeñó los cargos de Jefe Político de Guayaquil y Consejero Municipal (1906). Fundó la revista literaria *La Ilustración* (1908). Publicó, entre otros libros, *Leyendas y tradiciones de Guayaquil* (1908) y *Contribución para la Historia de Guayaquil* (1909).

«Ladrón que roba a ladrón» fue tomado de *Los mejores cuentos ecuatorianos*. Compilados y seleccionados por Inés y Eulalia Barrera Barrera. Quito, Empresa Editora *El Comercio*, 1948. pp. 213-215. (Biblioteca Ecuatoriana de *Últimas Noticias*).

El otro Monasticón

Juan Montalvo

Los mestizos provenientes de la hibridación entre españoles y aborígenes se llaman *cholos* en unas repúblicas, *huaches* en otras, *rotos* en estas, *léperos* en esas. El hecho es que esta casta cruzada ha beneficiado hábilmente el seno de la madre naturaleza, y provista de buen entendimiento, valor y audacia, se levanta a los primeros peldaños de la gradería social, sopalancando en la estolidez de los sedicientes nobles, escasos de fuerza moral e intelectual por falta de cruzamiento y de entronques

mejoradores. Pero sucede que los mestizos, así como llegan a ser generales, obispos o presidentes, ya no quieren ser *cholos* ni mulatos, y se dan maña en urdir genealogías de Béjar[24] o de Men Rodríguez de Sanabria[25]. Las cholas que a fuerza de oro han dejado la bayeta vienen a ser condesas; y nadie mira más para abajo a las de su clase que estas señoras de a cinco en púa, sucediendo lo mismo con los mulatos y las mulatas, los zambos y las zambas, y toda esa caterva de mestizos que componen la mayoría de las repúblicas hispanoamericanas. Sea de esto lo que fuere, de esta clase suelen salir beldades de carácter tan raro, que llaman por extremo la atención de los viajeros curiosos y averiguadores. Una *bolsicona* de Quito, verbigracia, con su follado de bayetilla o de paño de primera, ancho el ruedo, exigua la cintura; follado que no se atreve a cubrirle el piececito primorosamente calzado con zapato de raso en chancleta, imagen es que Teniers[26]

[24] Villa española de la Edad Media.

[25] Noble castellano del siglo XIV. Fue mayordomo mayor del rey Pedro I.

[26] Probablemente se refiera a David Teniers el Joven (1610-1690), pintor belga famoso por sus escenas de aldeanos.

hubiera tomado por modelo de sus mejores cuadros, donde belleza y voluptuosidad se dan la mano y andan amenazando con poner fuego al mundo. Teresa de Jesús Alvinca, heroína de la presente relación, era una de estas admirables bolsiconas o mestizas acomodadas a trabucar el juicio a príncipes de Asturias y de Gales. Blanca, sumamente blanca, su mata de pelo semeja al ala del cuervo, para usar el estilo de Ossián[27]. Gorda es, sin parecerlo: sus mejillas están brotando sangre purísima: sus ojos alimentan ese fuego negro que enciende y consume las almas de los que caen en ellos, como en red que les tendieran los ángeles y los demonios coaligados con un fin desconocido. Los labios, grosezuelos, parecen el botón de la granada: el seno prominente está echando de la camisa afuera dos globos de mármol ligeramente sonroseado: el brazo presenta una abundancia de elementos voluptuosos, que es delirio el contemplarlo bajo el hombro apretado por la manga corta.

[27] Poeta irlandés legendario. Los románticos europeos lo consideraron una especie de Homero medieval.

El zapato no le ciñe sino los dedos: el empeine del pie, rebosando de su pulida cárcel, ostenta un edema natural, que los ojos indiscretos se lo comen a bocados. El tobillo es cenceño; mas a poco que la retrechera se entregue al manejo del follado, empezará a levantarse tal y tan blanca gordura, que la pantorrilla es ya un prodigio de salacidad inocente y delicada. Las manos son monas en esta Teresa de Jesús Alvinca: trabaja con la aguja en telas suaves: ni lava ni avienta el fuego; no pueden estar echadas a perder por estas duras labores. Tiene dieciocho años; empina el puchero: es honesta, de buenas costumbres; ¿qué maravilla si más de cuatro mancebos tienen por ella la cabeza a las once? Muchos han pedido su mano; a todos los desdeña: gusta de la honradez y la cultiva: su madre adora en ella, y una y otra esperan en que Dios, premiando sus virtudes, les suba la fortuna.

Entre los enamorados de esta mestiza interesante andaba un clérigo llamado Joaquín Escudero, con tal pasión a cuestas, que bien hubiera bastado para que este galán de sacristía

hubiese hecho pacto con el diablo, cual otro doctor Fausto. Dicen que las mujeres, cuando educación y cultura no gobiernan sus inclinaciones, propenden fatalmente a la cogulla y la sotana, con detrimento de la parte civil, para vergüenza de poetas y doctores. Si esto es así, malditos sean esos rivales de ropa talar, tan feos para nosotros, que tanta guerra nos hacen y tantos combates nos ganan con su cara monda y lironda, sus dientes amarillos, y esa humildad que es de decirles: «¡Pobrecitos!». ¿Pobrecitos? Ellos nos compadecen, se ríen de nosotros, cuando debajo de mi manto al rey mato, van ofreciendo su alma al enemigo con fianza de la hipocresía, y nos quitan de la boca los más dulces pecados. ¿Es posible, hermosas, que os sintáis flacas e indefensas ante un fantasma de esos, que entra como sombra del diablo, saluda en latín y se sienta por ahí, metido en su sotana como en funda de muerto? Rasa la quijada, enorme la boca, el collar le está ajustando que le da aspecto de ahorcado. ¿Cómo viene a suceder que este hijo de la noche tenga más ascendiente en vuestros corazones que un mozo

de bel mirar, apuesto y denodado, que gasta sin miedo, acomete peligros, y ante las vuestras fermosuras cae de rodillas, para salir con un puntapié en la boca del estómago? Si fuera verdad inconcusa que los clérigos nos llevan la delantera en esto de gollerías amorosas, muchos conozco que aún de viejos se ordenaran; mas no siempre sucede lo propio; y clérigos hay que, no de buenos, sino de tontos y desmañados, se han de ir con palma y guirnalda a los infiernos. «Hum…», dice por ahí un canónigo, mirando de soslayo a sus nueve hijos. Pero esto no hace a mi propósito, sino el clerizonte que estaba echando los bofes por mi Teresita de Jesús Alvinca. Esta no hizo caudal de ese amor eclesiástico: mientras los expedientes del señor abad no violaron los límites de la seducción respetuosa, ella no le mostró sino desprecio; mas cuando echó de ver que este Tartufo[28] de menor cuantía era capaz de todo, horror fue el suyo, y se dio a cerrarle las puertas y evitar

[28] Personaje de la obra homónima de Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière (1622-1673), subtitulado *El impostor*, que representa la hipocresía.

su encuentro en iglesias y calles, porque desde lejos echaba ese hombre sobre ella un sobrealiento de perdición, que era como el hipo de la muerte. Cosa segura el ver ese fantasma a hito[29] al pie de su ventana desde las siete de la noche, paseándose de largo a largo unas veces, otras inmóvil como el palo de escoba que las brujas plantan para bailar en torno.

Vivía esta mujer en la calle de Sanguña en la ciudad de Zamora. Dando la vuelta el año, he aquí que llega la cuaresma. Teresa de Jesús no había echado por ese camino de insensibilidad y despego que se llama devotismo: religiosa de suyo, como toda mujer, cumplía con los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, confesándose una vez al año, ayunando en témporas y vigilias, oyendo misas los domingos y días de guardar. Su madre le hizo presente que convendría hallarse para el jueves santo en disposición de recibir al Santísimo en la Capilla Mayor. «¿Con quién quieres confesarte?», le preguntó. «Con el padre Oquendo,

[29] Con permanencia en ese lugar, fijamente.

señora». «Santo varón», dijo la madre, «voy a verle». Al tercer día Teresa de Jesús se llegaba humildemente a la reja. Después de media hora de espontáneas disposiciones: «No pecas», dijo el fraile, «si das vado a esos impulsos». Sorprendida la penitente, respondió que no lo comprendía. «No pecas: como tu espíritu se halle suspendido en la mano de Dios, no hace al caso que el cuerpo se rinda a sus necesidades. Ten cuidado de que el alma no reciba tacha de las cosas del mundo, y no hay para qué tirarles el freno a los sentidos. Doctrina es esta de santos doctores, hija, si alguna vez has oído la explicación del quietismo, con venia de la Santa Sede».

La muchacha, iluminada por la luz de su inocente ignorancia, se levantó y se fue, huyendo de la seducción del sacerdote prevaricador que así enseñaba el vicio en la cátedra de la penitencia. «Madre», le dijo a la suya, como hubo llegado a su casa, «ese padre no es el padre Oquendo: le noté la voz fingida desde el principio, y al fin se ha hecho traición hablándome

en la suya propia y diciendo impiedades en el confesonario». La vieja, buena mujer, religiosa además, se puso a la sombra de un *per signum crucis* de marca mayor, exclamando: «El enemigo, hija, el enemigo. ¡Jesús me ampare! ¿Conque no fue el padre Oquendo?».

A obra de seis meses de este acaecido, estaba dando golpe en la ciudad un extranjero que había llegado, y con mano abierta cobraba crédito de munífico[30] y galante. Él era inglés, según decía: blanco de rostro, rubio de bigotes, la cabellera parecía hebras de oro, según era fina y lisa; sino que algunos querían decir que hacia la raíz estaba un tanto obscura, como si lo demás fuera teñido. Este inglés gustó sobremanera de las mujeres y las costumbres de esa tierra: «Yu está risoluto», dijo, «a mi casar y mi quedar Zamora». Con esta premisa, dio en ir y venir por la calle de Sanguña, hasta cuando la casualidad y su industria le depararon la ocasión de meterse de hoz y de coz[31] en

[30] Generoso.

[31] Meterse de lleno, sin miramientos.

casa de la bolsicona Teresa de Jesús Alvinca. En su media lengua, o más bien su lengua y media, se dio sus trazas para que comprendiesen que estaba enamorado hasta el meollo y quería casarse. El período de las cucamonas[32] suele ser necesario para el descubrimiento del cariño; pero como a falta de pan buenas son tortas, dijo cuatro disparates en español ainglesado el rico bretón, y pan pan[33], pidió la mano de la mestiza. Cuando las envidiosas y malsines a quienes la buena fortuna de la Teresita estaba quebrando los ojos le dieron a entender que era una *chola* o gente de poco más o menos: «Importa poco», dijo el inglés, «en Londres será condesa de Salisbury, y la tratarán de *lady*». La madre de la muchacha se inclinó fuertemente a este matrimonio: de menos juicio que Teresa Panza[34], ya se le hacía agua la boca de verse suegra de un lord de Inglaterra,

[32] Halagos y caricias que se hacen a alguien para conseguir algo de él o de ella.

[33] Onomatopeya para significar «inmediatamente».

[34] Esposa de Sancho Panza, personaje de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605), de Miguel de Cervantes.

aposentada en un palacio, y saliendo en coche con lacayos de librea. Su hija, por el contrario, experimentaba indecible repugnancia por esas bodas deslayadas, que sobre arrancarla de su país querido, la pondrían fuera de su genio y sus antecedentes. Deudos, amigas y entrometidas vinieron a la carga, y del inglés hubiera sido la niña, si el bruto, olvidándose de todo, no saliera un día con alusiones a la escena del confesonario, y reconvenciones de haberle dejado allí como un bausán[35]. «¡El enemigo, madre, el enemigo!», salió gritando la novia, en tanto que milord bajaba la grada de cuatro en cuatro escalones y se confundía entre la muchedumbre de un barrio populoso. En balde le echó la policía una brigada de ministriles y porquerones: el inglés, como el diablo, se hizo humo, sin que de él pudiera dar noticia ni el presbítero Joaquín Escudero.

Para reponerse de tamaño susto y granjear la protección divina, Teresa de Jesús se dio a visitar

[35] Figura humana, embutida de paja, heno u otra materia semejante y vestida de armas para simular un combatiente.

enfermos y hacer limosnas, que era una santidad verla salir al zaguán de su casa a socorrer en persona a los pordioseros que a ella acudían viernes y sábados. Caritativa, siempre lo había sido: ahora redobla esa virtud en vía de dar gracias al Señor de que la hubiese librado de la red que le tendiera ese perverso. Una noche, como la lluvia menuda y constante estaba haciendo su ruido monótono, se oyó en la puerta de calle la voz cascada, afligida y muerta de hambre de un mendigo nocturno, de esos que llaman *vergonzantes*: la bolsicona saltó sobre su canasta de pan de trastrigo[36], y provista de una hogaza acudió a dar de comer al hambriento y de beber al sediento, según que Dios lo manda. «Hermano», dijo, llegándose al vergonzante, «coma esto, y ruegue por mí». Abalánzase el mendigo sobre ella como un rayo, tómala, vuela, cual si llevara una corderilla en brazos. Al primer grito de la raptada, su madre estaba afuera; y así corrió, se desgañitó y remolinó el

[36] En el *Diccionario de la Real Academia*: pretender cosas fuera de tiempo o mezclarse en las que ocasionan solo daño. En este relato, hace referencia a una premonición.

barrio, que el lobo dejaba la presa a la segunda calle en medio de un gentío inmenso. Al otro día Teresa de Jesús Alvinca tomaba refugio en el monasterio de Santa Catalina, adonde acudían entonces las mujeres temporalmente por varios motivos de los suyos. El clérigo Joaquín Escudero, medio loco, se dio a rondar el convento por la noche, tirar piedras al tejado, cantar endechas[37] amorosas, o echar ululatos[38] que bien llegaban a oídos de la reclusa. Una noche se despidió al son de la guitarra con unos versos en los cuales decía que Zamora no volvería a verle, y que se iba en demanda de la muerte a los lugares más apartados de la Tierra. Una por una desapareció el clérigo: súpose después de algún tiempo que andaba por la república de Buenos Aires, y que de allí había pasado en son de fuga al imperio del Brasil, por ciertos milagros que sería peor no meneallos[39]. La bolsicona, con esta

[37] Canciones tristes o de lamentos.

[38] Alaridos, gritos.

[39] La locución inversa, «Es mejor no meneallo», alude a un antiguo dicho sobre la preparación del arroz, al cual es mejor no mover cuando se pega. Significa que es mejor dejar algo como está, sin insistir en ello. *Meneallo* se usa en este caso por *menearlo*, es decir, 'moverlo'.

fianza, salió del convento a porfía de su madre, a cuyo lado siguió su vida de mundo inocente, volviendo el juicio a cuanto mozo de su clase tenía la dicha de conocerla, y aun a pisaverdes[40] de más suposición, que de buena gana se hubieran aplebeyado por el amor de tan fermosa doncella.

Un año hubo transcurrido, cuando la madre de Teresa, volviendo un día de la calle, encontró a su hija bañada en su propia sangre en medio del cuarto, los vestidos arregazados[41], cual si hubiera sido víctima de un crimen atroz. Por mordaza tenía en la boca un pañuelo la muchacha; otro hacía de esposas, pero muy holgadas. Viendo como muerta a su hija: «¡Teresa! ¡Teresa! ¡Hija de mi alma! Bondad del cielo, ¿qué te sucede…?». Teresa abrió los ojos pesadamente, en los cuales la vergüenza dio un relámpago, y los volvió a cerrar. Su madre miró por el pudor, hizo gente, interrogó a los vecinos, y le fue dicho que solo un clérigo muy

[40] Hombre presumido que se acicala, se perfuma y vaga todo el día en busca de galanteos.

[41] Recogidos hacia el regazo.

cabizbajo había entrado durante su ausencia. La joven no se levantó del suelo sino para ir a la cama: indignación, dolor, desesperanza, estropeamiento físico, motivos fueron de enfermedad, y grave. Declarose la fiebre, la calentura pasó a delirio: al séptimo día, la malograda hermosura había fallecido. Por quitarle de los ojos a la pobre mujer el espectáculo de su hija muerta, llevaron el difunto esa misma noche al cementerio de San Diego, donde fue sepultada en presencia de algunas lágrimas amigas. Al otro día hubo gran escándalo entre los religiosos franciscos que estaban en guarnición en dicha recoleta de San Diego: un cadáver fresco, fuera de su nicho, estaba por ahí tirado en tierra, el ataúd, roto, a un lado; la mortaja al otro. Sorprendido por la aurora, el exhumador no había tenido tiempo de dar al cuerpo una postura honesta; dejolo allí como lo había colocado para su satánico apetito; le cortó los pechos a cercén, y huyó dejando aterrados a los muertos.

A los cinco años de ese acaecido, el buque ballenero *Adamastor*, pescando en Spitsberg[42],

[42] Isla del archipielago de Svalbard, entre el océano Ártico, el mar de Barents y el mar de Groenlandia.

naufragó cerca de la costa, por obra de una tempestad del equinoccio de primavera. Salvose la tripulación en parte nadando hacia tierra, o impelidos por el viento sobre los restos de la nave; aunque los más perecieron en las olas. La fragata *Victoria*, de la marina inglesa, vino a pasar a esa altura a los diez días del naufragio: infiriendo de ciertas señales que algunos tripulantes pudieran haber salido a tierra, acostó a la más próxima, y vieron los marinos ingleses, en efecto, algunos hombres tirados en la ribera como difuntos. No lo eran todavía: hambre, sed, frío les estaban consumiendo la vida; pero no todos habían muerto. Recogidos por la fragata, fueron expirando los más a bordo, sin ser poderosos para soportar el alimento. Otros, de más vigorosa constitución, cobraron fuerza y se salvaron. Uno llamó especialmente la atención de los oficiales de la *Victoria*: era este un marinero que en el delirio de la fiebre causada por las sustancias alimenticias, se revolcaba sobre cubierta, dando mordiscones terribles al pavimento, y exclamando en voz perturbada: «¡En vida y en muerte…! ¡En vida y en muerte…!». Caía luego en uno como paroxismo

o fallecimiento temporario y, recobrándose, volvía a gritar: «¡Mía, mía! ¡En vida y en muerte…!». Sus compañeros, repuestos un tanto, dijeron ser ese un marinero llamado Joaquín Jérez que había servido en la marina pescante por cinco años. Quedose un día el náufrago en gran paz y sosiego, como si descansara en el Señor, con la conciencia acrisolada por el arrepentimiento; y levantando de improviso una voz clara y simpática, dijo para todos: «¡Teresa de Jesús Alvinca, perdóname!».

Antes de echar al agua el cadáver de Joaquín Jérez, los marineros de la *Victoria* le habían tomado del seno un saquito de seda que tenía suspenso al cuello: su contenido eran dos momias secas, negruzcas, arrugadas, que harto parecían, a causa del pezón, haber sido pechos de mujer.

Juan Montalvo (1832-1889). Nació en Ambato. Uno de los más importantes ensayistas en lengua española del siglo XIX. Su pensamiento liberal estuvo definido por el anticlericalismo y la oposición a Gabriel García Moreno e Ignacio de Veintemilla. Publicó la revista *El Cosmopolita* (1866-1869). Entre sus obras más conocidos están *Las Catilinarias* (1880), *Siete tratados* (1882), *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (1895) y *Geometría Moral* (póstumo, 1902).

«El otro Monasticón» fue tomado de «De la belleza en el género humano». *Siete tratados*. Tomo 1. Besanzon, Imprenta de José Jacquin, 1882. pp. 190-199.

La pluma blanca

José Antonio Campos

Una inmensa concurrencia llenaba las espaciosas naves del templo.

Se celebraba una de aquellas solemnes festividades religiosas, con toda la magnificencia del rito católico, y la multitud entusiasmada había acudido a ella como a un espectáculo interesante, dicho sea con perdón de las almas llevadas allí por una verdadera devoción.

Además, había otro aliciente para el público: iba a predicar el padre Lucas, de fama

continental por su maravillosa elocuencia, y nadie había querido dejar de escuchar el inspirado verbo del famoso orador.

Las beatas no cabían en sí de contentas, y hasta los beatos, que suele también haberlos en medio del enjambre de polleras negras, aunque en escaso número, como los zánganos de una colmena, estaban alborozados y satisfechos, próximos a repletarse de delicias místicas.

El órgano dejó oír sus majestuosas vibraciones, y mil voces femeninas se alzaron, en magnífico concierto, llenando el sagrado recinto de celestes armonías.

Después vino el grave canto de los padres a dominar la onda sonora, con esas notas largas, monótonas, desapacibles para los oídos profanos; pero que tan bien suenan en el auditorio místico.

Luego, el brillante ceremonial de una misa mayor, con tres padres, revestidos de oro y seda, y tres monaguillos vestidos de amarillo, con amplias sobrepellices de encaje y empuñando brillantes campanillas de plata.

Se aumentaron las voces de los acompañantes del coro, y empezaron a cambiarse entre estos y los celebrantes aquellos párrafos en lengua latina que raros son los que los comprenden.

En fin, agreguen ustedes más música, más cantores, más plegarias en idiomas vivo y muerto, más luces, oro y plata, todo esto envuelto en nubes de blanquísimo incienso, y se tendrá una aproximada idea de aquella festividad religiosa.

Pero vamos a lo que interesa.

La hora del sermón había llegado, y el orador se presentó en la escalinata del púlpito.

La multitud empezó a ondular como una marejada, mientras el padre subía lentamente las gradas de la cátedra del Espíritu Santo.

Todas las miradas se fijaron en él.

Era un sacerdote voluminoso, casi esférico, con una triple papada en el cuello y una vara de fachada entre ambos hombros.

Si la carne es uno de los enemigos mortales, como lo enseña la doctrina cristiana, hay que

convenir en que ese padre debía tener muchos enemigos, ¡porque tenía mucha carne!

El auditorio dejó escuchar un prolongado murmullo, no se sabe si de agrado o de disgusto, y el padre se rascó la punta de su nariz colorada.

Después se quitó el bonete respetuosamente, dirigió una mirada oblicua al Espíritu Santo que estaba esculpido en la techumbre, inclinó la cabeza contra el pecho y colgó los brazos por fuera de la tribuna, sin decir una palabra.

La concurrencia estaba en suspenso.

Al cabo de largo rato de silencio sepulcral, irguió la cabeza con soberbia arrogancia, golpeó con el puño la barandilla del púlpito y exclamó con voz de trueno:

–En medio de numeroso auditorio que me rodea, deben estar representados todas las virtudes y todos los vicios. Sí, hermanos: entre vosotros están la purísima simiente del bien y los corrompidos gérmenes del mal. ¿Cuáles son los malos y cuáles son los buenos? Eso no lo sé; pero lo sabréis vosotros, si comparecéis ante el tribunal de vuestras conciencias. Yo hablo con

todos los buenos y los malos, para que los primeros perseveren en la ley de Dios y los segundos se enmienden, si es tiempo todavía. Lo que sí os digo es que al que *Todo lo puede* no lo podréis engañar con falsas apariencias, como soléis engañar a la sociedad, mintiéndole virtudes que no practicáis. Estoy seguro de que aquí mismo, entre vosotros, y tal vez dándose golpes de pecho, para que creáis en su devoción, está el soberbio hinchado de vanidad; está el avaro con su corazón podrido y su pensamiento fijo en el oculto tesoro; está el envidioso devorando con ansia el bien ajeno; está la impura cortesana con las huellas de la orgía en su marchito rostro; y está la beata hipócrita con su viperina lengua vertiendo la ponzoña de la calumnia en la honra ajena.

»¡Ay!, hermanos míos, cuando os veo así en masa, como ahora, se me figura que si cayera una piedra sobre el cráneo de cada persona por cada culpa que pesara sobre su conciencia, no quedaría un títere con cabeza, perdonándome la vulgaridad de la expresión.

»Y caerían piedras tan grandes, sobre la cabeza de las mujeres principalmente, que son las que pierden al género humano, que este vasto recinto quedaría convertido en una montaña.

»Pero no quiera Dios que tal suceda. Para muestra basta un botón, según el proverbio; y en prueba de mis asertos, permita el cielo que caiga esta pluma sobre el más perverso de los que se hallan congregados en este augusto templo, a fin de que los demás vean de cerca a un condenado a las penas eternas y escarmientos en cabeza ajena.

Y diciendo esto, arrancó una sutil plumilla de la mota del bonete y la echó a volar por encima de la tribuna.

La concurrencia estaba consternada de oír semejante amenaza y de ver a la pluma, que se cernía sobre sus cabezas.

No hubo persona alguna que no se agazapara, temiendo, más que el desplome de una montaña, la levísima caída de la pluma.

Las demás agitaban con disimulo sus grandes abanicos, para aventar a la pluma, y algunos

caballeros se guarecían instintivamente bajo las cornisas de las pilastras.

Jamás se había visto un pánico más profundo como el que reinó en el templo aquel día, peor que si el cólera se declarara entre los concurrentes o hubiera caído una bomba en medio de la iglesia.

Jovencitas, casi niñas, que apenas despertaban a las realidades de la vida, y cuyas mejillas comenzaban recién a teñirse de carmín, inclinaban angustiadas sus cabecitas rubias, temerosas de que la pluma maldita fuera a posarse en ellas, por algún gusanito que tuvieran escondido en el pecho.

Las viejas y los viejos calábanse las gafas para seguir, de hito en hito, el descanso de la pluma; pero esta parecía complacerse en prolongar la tortura de los espectadores, porque tan pronto descendía, formando amplias espirales, como se remontaba de nuevo impulsada por la más leve brisa para posarse en los dorados arabescos de la techumbre, en donde permanecía un momento, y volvía de nuevo a caer en línea recta o trazando

una larga diagonal que estremecía de espanto a los que se hallaban en esa dirección.

Hermosísimas damas, que habían entrado momentos antes, tan satisfechas de los brillantes triunfos de su belleza y de sus galas, temblaban de rodillas en sus reclinatorios de damasco, y sus senos ondulaban, entre finísimas blondas, agitados por la mortal angustia que les embargaba.

Veteranas jubiladas, a quienes todos reconocían por modelos de perfección y dechado de virtudes, se asustaban también ante la pluma blanca, y muchas escondían su temblorosa cabeza entre las vueltas de la manta, como las grullas la esconden bajo el ala.

Mientras tanto, el predicador se había arrodillado en el púlpito y permanecía con la cabeza agachada sobre su pecho y los ojos cerrados en actitud de orar.

De repente, un grito horroroso lanzado por mil personas a la vez resonó como una detonación en las bóvedas del templo y la más grande sorpresa se pintó en todos los semblantes.

Era que la pluma, impelida por una suave brisa, fue ascendiendo, ascendiendo, en dirección al púlpito, hasta posarse sobre la cabeza del orador sagrado.

Aquí fue el alboroto de la multitud.

El *Pater*, que no había sentido el plumazo que le había caído encima, volvió de su éxtasis al escuchar la bulla del auditorio, y exclamó con voz cavernosa:

–A ver, hermanos míos, ¿cuál es el bribón a quien el cielo quiere mostrarnos como el prototipo de la iniquidad, para que huyáis de él y enmendéis vuestros yerros?

Mas como todos le señalaban con el dedo, el predicador se llevó instintivamente la mano a la cabeza y encontró la famosa pluma del conflicto.

–¡Ah! –exclamó sin inmutarse–: el cielo ha permitido que descienda sobre mí una pluma *blanca*, símbolo de la pureza, de la inocencia y de la virtud. Esta pluma es un mensaje del Espíritu Santo, dirigido a este humilde siervo del Señor, para que siga exhortándoos, con el

ejemplo y la palabra, a conservaros tan puros como la nívea pluma que vino a posarse sobre mí. *Pater Noster*, *Ave Maria* y *Gloria Patri*.

José Antonio Campos (1868-1839). Nació en Guayaquil. Narrador y periodista, considerado uno de los fundadores de la narrativa de ficción del país. Publicó bajo el pseudónimo de *Jack the Ripper* (Jack el Destripador). Literariamente, se decidió por el artículo de costumbres al que imprimió un constante carácter humorístico: *Rayos catódicos y fuegos fatuos* (1911), *Cintas alegres. Proyecciones cómicas de la vida culta y rústica* (1919), y *Cosas de mi tierra, humoradas de la vida cívica y de la vida rústica* (1929), entre otros.

«La pluma blanca» fue tomado de *Álbum Ecuatoriano. Revista Ilustrada Mensual de Literatura*. Tomo 1. n. 11. Quito. nov. 1898. pp. 465-468.

Del XIX al XX:
10 relatos ecuatorianos
fue editado bajo el número 15 en la

COLECCIÓN
Literatura y Justicia

por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente
Gustavo Jalkh Röben
en mayo de 2015
con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario *El Telégrafo*.

Para este libro se han utilizado los caracteres
Fairfield LT Ligth 12 puntos.